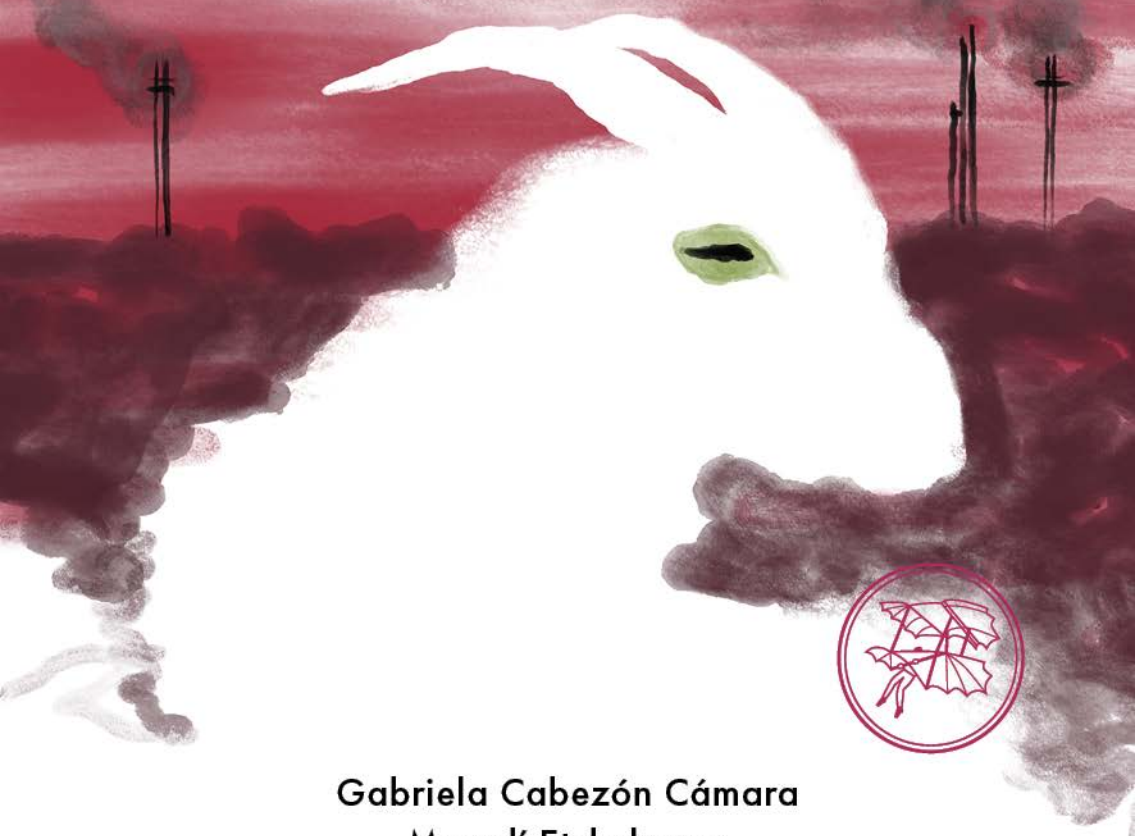


FRACKIBACTER VACCAMORTENSIS

FICCIONES SOBRE EL PETRÓLEO



Gabriela Cabezón Cámara
Magalí Etchebarne
Michel Nieva
Gabriela Borrelli Azara
Claudia Aboaf



FRACKIBACTER VACCAMORTENSIS

Ficciones sobre el petróleo



TENEMOS LAS MÁQUINAS

Frackibacter vaccamortensis : ficciones sobre el petróleo / Magalí Etchebarne ... [et al.] ;

Compilación de Pablo Schanton ; Marina Aizen ; Daniel Borrelli Azara. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tenemos las Máquinas, 2026. 102 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-3633-51-5

I. Ecología. 2. Contaminación Ambiental. I. Etchebarne, Magalí II. Schanton, Pablo, comp. III. Aizen, Marina, comp. IV. Borrelli Azara, Daniel, comp.

CDD 800

© 2026, Tenemos las Máquinas

© 2026, PROYECTO Eco Eco

Primera edición: agosto 2026

SELECCIÓN DE TEXTOS
Y EDICIÓN
Proyecto Eco Eco

ARTE DE TAPA
Catriel Martínez

CORRECCIÓN
Virginia Avendaño y
Yanina Catellani

PRODUCCIÓN EDITORIAL
Julieta Mortati

DIAGRAMACIÓN
Jairo Fiorotto

DIAGRAMACIÓN DEL
PLIEGO DE TAPA
Lara Melamet

Esta edición de *Frackibacter Vaccamortensis* se terminó de imprimir en agosto de 2026 en Elías Porter Talleres Gráficos (Plaza 1202), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Libro de edición argentina.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*.

Ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos sin el permiso expreso de la editorial y los/as autores/as.



Editorial Tenemos las Máquinas
www.tenemoslasmaquinas.com.ar
IG: @tenemoslasmaquinas
tenemoslasmaquinas@gmail.com

Índice

- 07 Prólogo: Una excursión al *Noisaje* Neuquino
 Pablo Schanton
- 21 El camino del oleoducto
 Gabriela Cabezón Cámara
- 27 La parición
 Magalí Etchebarne
- 39 El manfloro
 Michel Nieva
- 47 Tembló
 Gabriela Borrelli Azara
- 61 La canción humana
 Claudia Aboaf
- 77 Epílogo: “No se puede comer el dinero”. Notas
 para un futuro anticapitalista
 Valeria Meiller
- 95 Autoras y autor (por orden alfabético)

Prólogo

Una excursión al Noisaje Neuquino

Pablo Schanton

*[...] por eso se libra una batalla sobre de quién
es la historia que hay que contar.*

REBECCA SOLNIT, *¿De quién es esta historia?*

La zona

*¿Qué es ese ruido ahora? ¿Qué hace el viento?
Nada otra vez nada.*

T. S. ELIOT, *La tierra baldía*

*[...] no pudo leerlo en el mar que iba y
venía, ni en los infinitos pedregullos dispersos,
menos en el viento, que parecía siempre el
mismo aunque fuera uno distinto.*

CLAUDIA ABOAF, *“La canción humana”*

No-escape derivó en *Noisaje*. Neologismos, nuevas lógicas; palabras nuevas para situaciones inéditas. Diríamos “inauditas”: no oídas del todo aún. Un ruido blanco (*white noise*), como el que promueve el viento, que deja de oírse debido a su protagonismo auditivo inevitable. *Noise*. La periodista escocesa Cal Flyn llamó a estos no-paisajes inauditos “paisajes posthumanos” o, más poéticamente, “islas del abandono”. La ciudad de Añelo, al centro-oeste de la provincia de Neuquén, y a cien km de la capital homónima, podría entrar en esa clasificación si no fuera porque se la vende como promesa hidrocarburífera desde hace más de una década. Incluso, en spots publicitarios la han bautizado “la Dubái argentina”. Forma parte de la formación geológica Vaca Muerta, zona donde hay industrias que practican el *fracking* (fracturamiento), esa técnica de perforación hidráulica para extraer petróleo y gas de lugares en que el “oro negro” no brota a chorros manchando a gente linda como James Dean (*Giant*, Stevens, 1956).

Por si lo del nombre “Vaca Muerta” no bastara para imaginarse un desierto y sus espejismos, entre *saloon* y *saloon*, donde los cuervos dejaron pelados unos cráneos vacunos, el término “Añelo” se escurre de todo anhelo de sentido (¡el sueño de una lujosa Dubái local!) para referirse en mapudungún a cosas como “médano de la amenaza” o “paraje del muerto”. Textualmente, citaré cuanto auspicia la página turística de la “ciudad energética” acerca de su nombre: “[...] es posible que también provenga de un vocablo picunche que significa lugar o paraje olvidado o ciénaga de la muerte. Lleva este nombre debido a que los soldados comandados por el sargento Ávila dieron muerte, en 1879, a Baigorrita, quien era considerado el último indio ranquel”.

Mientras resuenan todavía las moralejas y las controversias del documental *Nuestra tierra* (2026), de Lucrecia Martel, saber que allá, en ese exfortín de Neuquén, fue asesinado el último ranquel atrae más connotaciones literarias: *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), un clásico escolar del militar y periodista Lucio V. Mansilla. Ahí vamos entonces, a una tierra dos veces convertida en desierto por anhelos de conquista: un genocidio primero, un terricidio ahora. Muerte siempre.

El proyecto

*No se trata solo de saber convencer.
De hecho, eso es lo malo del arte de los datos
ecológicos. La experiencia estética no tiene en
realidad que ver con los datos; tiene que ver con
algo así como la “dateza” con las cualidades que
percibimos cuando aprehendemos algo. ([...] los
datos son solo “lo que viene dado”, y no se refieren
solamente a números, gráficos y diagramas). La
experiencia estética tiene que ver con la solidaridad
con lo que viene dado.*

TIMOTHY MORTON, *Todo el arte es ecológico*

Con el PROYECTO Eco Eco —fundado por Marina Aizen en Buenos Aires hace tres años, y dirigido por el triunvirato que completamos con el productor Daniel Borrelli Azara— nos propusimos

hacer foco en el asunto Vaca Muerta como problema ecológico, a un costado de la polémica por la soberanía de su explotación. Como un desprendimiento del colectivo Periodistas por el Planeta (PXP), Eco Eco eligió cambiar de método y desviarse un rato de la investigación, de la denuncia y de la noticia.

Decidimos convocar a artistas de disciplinas diversas para involucrarse en el tema y producir obra. Contar de otra forma, con otras formas.

Imaginar, simbolizar, ficcionalizar, especular. Usar metáforas, alegorías, imágenes, sonidos, vibraciones, lo que fuere. ¿Cuál podría ser la resonancia, tanto emocional como racional, si en lugar de manejar datos que deberían alarmar y activar a la población nos acercáramos al arte y el arte se acercara a nosotros? ¿Cuál sería el eco de esa alarma sobre una crisis ambiental que parece no sonar, que ensordece como el eterno viento patagónico —“vientazo”, escribe Claudia Aboaf—, cual ruido blanco? ¿Cómo leer en ese viento sordo? Tal es el desafío de Eco Eco: ir a la zona de conflicto sin prejuicios, y venir con preguntas antes de que sea tarde para poder quedarnos sobre esta T/tierra.

Y que quede claro: no se trata de reemplazar a la ciencia y su rigurosa divulgación por el arte y sus dispersiones. En la ingeniería de una toma de conciencia sobre el estado de nuestra casa (no olvidar: *eco* viene del griego *oikos*, vivienda), arte y ciencia resultan sin dudas complementarias. Aquella propuesta visionaria de Friedrich Schiller (¡de 1795!) de “educar la sensibilidad” para perfeccionar el saber, recobra vigencia cada vez que recurrimos a lo estético (*aisthesis* implica conocimiento perceptivo) como

impulso ético. ¿No hay razón sin corazón? Sí, eso decía también el filósofo alemán. Sentir, pensar, actuar: en un siglo que arrancó sobresaturado de data e imágenes —muchas veces improbables e improbables—, al punto de anestesiarnos ante una información que llega filtrada para ratificar nuestra burbuja, y mediante la distancia de una pantalla de *smartphone*, no nos queda otra que empezar otra vez por el principio, por el primer verbo. Por más verdad que sea, ¿no queda cada contenido neutralizado por la alimentación de ese *loop* omnívoro de las arácnidas redes? ¿No acaba convertido en “un contenido” más del que se alimenta la máquina, la que acumula *infotainment* para el *scroll* nuestro de cada día? Incluso el recurso del humor en redes (memes, sketches, montajes irónicos) ya no provoca extrañamiento: más bien, distrae. En tal escenario, estimular la educación estética de todos ¿no sería un modo de boicotear la anestesia informática?

A este fin, al principio hemos experimentado (con) la poesía, la canción, el rap, el cuento y el fotorreportaje, a través de concursos abiertos. Una especie de “Composición tema: Consecuencias del uso y abuso del petróleo y el gas”, orientada a la comunidad. Los resultados se pueden ver y leer en nuestra página.

Luego coordinamos y comisionamos nuestro proyecto más ambicioso hasta ahora, *Geonnitus*. Se trata de una instalación multimedial a cargo de cinco artistas audiovisuales —Leonello Zambón, Julián D’Angiolillo, Cecilia Castro, Javier Areal Vélez y Florencia Curci—, que incluye escultura, música y video. Primero cumplimos dos años de funciones en Investigaciones del Futuro (IF), un galpón reciclado por artistas —pero que originalmente

fue usado para envasar un petroquímico, vaya coincidencia—, ubicado en la bonaerense y postindustrial ciudad de San Martín. Hasta que este año la obra llegó a CABA, precisamente al Centro de Experimentación del Teatro Colón (CETC).

Y aquí debemos subrayar un sistema de inspiración que nos parece esencial. Les artistas componen sus respectivas obras tras una visita a Añelo. Esa es la condición: “ir al territorio”, como se dice en política.

Geonnitus surgió tras una excursión en plan *Stalker* (Tarkovski, 1979), lo mismo que los relatos que leerán a continuación, e igual que la obra teatral que —prometemos— tendrán la oportunidad de ver pronto.

Finalmente, una precisión terminológica: llamaremos “ficción ecosófica” —en lugar de “ecológica”— a la que representan los cinco relatos que aquí hemos compilado. No solo porque por *default* le hacemos un homenaje al Félix Guattari que creó el concepto de *ecosofía* para iluminar las “conexiones transversales entre lo político, lo ético y lo estético”. También, porque es necesario sacudir el vocabulario de la militancia que nos convoca. A saber: “verde” ya no se puede ni usar, más aún desde que la carnívora y ultraprocesada McDonald’s pasó del rojo al color de las plantas para confundirlo todo; en tanto que “sustentable” ya fue cooptada por la moda que reemplaza el cuero animal por el plástico petrolero, y, por último, “conservacionista” hace juego con “conservador”, la idea de que se puede cambiar de energía sin cambiar nada del capitalismo.

La excursión

*Estamos en otro mundo que no es más
que este mundo percibido con una atención sin
precedentes.*

GEOFF DYER, *Zona*

Entre el 21 y el 24 de agosto de 2025, con Gabriela Borrelli Azara, Magalí Etchebarne y Michel Nieva, estuvimos recorriendo Añelo. Cama y comida provistas por el hotel Wenelén (vista del comedor: lejanos mecheros petroleros en fila, como luctuosas velitas), mientras que el geógrafo Javier Grosso ofició de necesario guía local (además de conductor de combi).

Desde Eco Eco elegimos a los tres narradores siguiendo criterios particulares. Nieva, en vista de su reescritura *subamericana* de la ciencia ficción y el cyberpunk, ranqueaba como inevitable. Estaba “en tema”, como se dice. Pero también decidimos convocar a una escritora que aborda la militancia desde un ángulo menos ambientalista que feminista (Borrelli Azara), y a otra, cuya sensibilidad y enfoque de los vínculos no se asocian naturalmente con la temática eco (Etchebarne). A ellas las queríamos en el experimento justamente por su falta de prejuicios, para contrastar sus cosmologías personales con la realidad de Vaca Muerta.

Por su parte, tanto Gabriela Cabezón Cámara como Claudia Aboaf, quienes ya conocían Añelo, fueron invitadas a escribir en

esta antología porque se exponen públicamente como escritoras con orientación ambientalista, al punto de que Aboaf desarrolló géneros literarios como la ecoficción y la Cli-Fi (ciencia ficción sobre el cambio climático). Allí fuimos.

La gente

*Pero estamos en la Tierra, señores,
jen la Tierra!*

MICHEL NIEVA, “El manfloro”

En Añelo nos toparemos ante todo con un contraste. Por un lado, el crecimiento de esas zonas que denominamos *Noisajes*, pero que el ensayista francés Nicolas Bourriaud prefirió bautizar simplemente *espacios negativos*, ya que representan la contracara *no future* del colonialismo humano sobre el planeta. Él se refiere a cosas como islas de desechos olvidadas. A esa masa de plásticos que van flotando a la deriva por los océanos, incapaces de ser recicladas, de dar vida, se las ha proclamado irónicamente el “séptimo continente”. Aquí, en Añelo, empresas como Indarsa, Treater o Comarsa son las encargadas de acumular los residuos petroleros —*cutting* (lodos de perforación) más algo de *flowback* (agua de retorno del *fracking*), más porquerías químicas y más— en “tierra cero”, *waste land*, o lo que Michel Nieva nombra como “postvida” en *El manfloro*. Por algo esta antología fue titulada

como el bicho que monologa ahí en ese cuento: la *Frackingbacter vaccamortensis* sería la sinécdoque de la muerte que vive allí. “Al descomponer los tóxicos más contaminantes de la Tierra, estas bacterias se habían convertido en una promesa del naciente boom financiero de lo que muchas empresas de terraformación denominaban la postvida: la continuación de la biología terrestre en otros planetas”, leemos.

Por el otro extremo, nos entrevistaremos con sobrevivientes de ese grado cero de la vida que se acerca, que los cerca. “Desapareciendo” es un gerundio que usa Cabezón Cámara en su relato. Es muy fuerte, claro, resuena con todas las connotaciones políticas de los sanguinarios años de dictadura. Pero ese gerundio ahí se siente. Es un aviso. “Todos están muertos aunque todavía respiren”, sigue Cabezón Cámara.

Quedémonos con esta imagen: gente que se resiste a ser zombie. A desaparecer en las fauces de esa zona muerta, que va creciendo. De lo que nos cuenten esas personas que recortan su voz en el *Noisaje* Neuquino, surgirán las narraciones que leerán acto seguido.

Ahora bien, entre un lado y otro, circulan camiones, en hilera permanente. Semejantes a un río de hormigas, son falsos trenes que van y vienen, llevando y trayendo petróleo, agua, arena, gas, químicos varios. No es fácil cruzar la ruta central (la ruta *es* el pueblo), porque los semáforos no están del todo bien sincronizados. O digamos, funcionan a favor de los vehículos. No es para nada raro encontrar un caballo moribundo, o un perro desviscerado, al costado de ese camino rumbo a una aridez terminal.

El relato

Una de las razones por las cuales nos sentimos tan impotentes cuando se nos pide que nos preocupemos por la crisis ecológica [...] es la total desconexión que existe entre el rango, la naturaleza y la escala de los fenómenos y la batería de emociones, hábitos del pensar y sentimientos que se necesitaría para tratar con esa crisis [...].

BRUNO LATOUR, “Esperando a Gaia.
Componer el mundo común mediante
las artes y la política”

El 23 de abril de este año, inesperadamente, la apertura de la 50.^a Feria del Libro porteña logró trascendencia gracias a una intervención/performance de ecoartivismo, a cargo de Gabriela Cabezón Cámara.

La narradora leyó un texto pro Ley de Glaciares, cuya rítmica invertía el *ritornello* “Hay cadáveres” —que repetía el ya clásico poema escrito por Néstor Perlongher en 1981— por el “No hay”: “Sin agua no hay poesía, sin agua no hay fotosíntesis, sin agua no hay vida y libros tampoco. La Ley de Glaciares no se toca”. *Gaia Pride*: sin incurrir en la ingenuidad del “efecto mariposa”, la enumeración de todo lo que está en riesgo de no estar por falta de agua buscó suturar esa “desconexión total” de la que habla Latour en el acápite. Como se dice en lunfardo mediático, eso de “cómo llegar a la vida cotidiana de la gente”, el hecho de que se exploten

glaciares allá lejos en la Patagonia debe volver a ser explicitado y explicado una y otra vez. Y si se hace poéticamente, mejor. Superar la “disonancia cognitiva”, efecto de esa desconexión entre la trama Gaia y mi vida aquí y ahora, supone conseguir una nueva resonancia o una *resintonización* con el entorno y sus cohabitantes.

Al fin y al cabo, de eso se trata la ecología: de sabernos entrelazados ineluctablemente. Timothy Morton insiste en que no *tenemos que* ser ecológicos (ese superyó de la militancia que, a veces, termina ahuyentando a unos y adulando a ya convencidos), porque *ya* somos ecológicos: “[...] tú ya eres un ser simbiótico íntimamente vinculado a otros seres simbióticos. Lo malo de la conciencia y la acción ecológicas no es su tremenda dificultad, es su pasmosa sencillez”. Nos recuerda lo que va de suyo: que estamos respirando aire, que el microbioma bacteriano está trabajando adentro de nosotros, que en algún lugar hay un pájaro cantando mientras pasan las nubes... Y finalmente, recomienda que dejemos su libro para mirar a nuestro alrededor, o acariciar a un gato... Eso es equilibrio ecológico también. O: sobre todo. La ensayista argentina Graciela Speranza escribió que “el arte puede volver visible lo que no se ve”. Como decíamos párrafos atrás: una de las tareas del arte consiste en “hacer sentir”. Para no incurrir en el *oculocentrismo* de una estética que se limita a lo visual (o “lo plástico”), tomo prestado del cuento “Tembló” (Borrelli Azara) esa sinonimia española entre escuchar y sentir. Compruebo en sendas narraciones cómo los escritores “pararon la oreja” en Añelo. Cómo sintieron el hábitat, y cómo oyeron las palabras de sus habitantes, mientras “un viento pedregoso” (Nieva) hacía de fondo.

Conocimos a Elvia Melipil de Fuentes, por ejemplo. De origen mapuche, esta campesina contó su historia, que podríamos incluir como otro ejemplo del conflicto por la tierra que Lucrecia Martel documentó en la película citada. En su caso, empresas petroleras (Shell, ante todo) van cercándole el campo, el que siempre perteneció a sus ancestros sin necesidad de probar nada. Pero hasta hoy los Fuentes no cuentan con un título de propiedad, cosa que los defendería definitivamente ante los acosos de las petroleras.

Elvia cría cabras. Son muchísimas; cada una recibió nombre propio de su boca. La campesina es una narradora innata, sin formación letrada, pero capaz de darle a su cosmología caprina un lenguaje propio. En su diccionario constan sustantivos como mostrenca, capón, castrón, manfloro o parición. Dejé para el final los dos términos que se convirtieron en títulos en esta antología. Anoté también el verbo “ventear”, pero no recuerdo si refiere al viento, que también soplaba en un afuera de aire beige (¿por la arena?), al tiempo que ella nos cebaba mate. Elvia fue una inspiración inolvidable. El relato de Magalí Etchebarne se urde sobre las vivencias que nos compartió la campesina. Recibí un mensaje de Elvia ayer, reenviado mientras chequeaba datos para escribir esto: “Espero haber ayudado en algo... Creo que debe haber muchas historias de vida por conocer, solo que faltan más personas como ustedes, que se den su tiempo para poder llegar a esos lugares y escucharlas”. Confirmado: ella habló para ser escuchada.

El PROYECTO Eco Eco consiste en estos experimentos de empatía, un concepto que ha perdido toda resonancia en medio de la crueldad impuesta por la ultraderecha de motosierra que aquí nos gobierna. Le dijo Aboaf a *Clarín*: “La literatura es una acción hacia la empatía, a diferencia de una acción moral que te dice qué hacer. Sin empatía no hay mensaje ni receptor. La conexión sensible que establece el narrador con los lectores tiende un puente a otros mundos, para atraerles a un nivel dimensional más complejo. Habitar mentes diversas, de distinto género y hasta multiespecie”. La ecología implica empatía entonces: ir hacia el otro, incluso al de la otra tribu, del que dependemos aunque no lo sepamos, y que también depende de nosotros. Desde Eco Eco intuimos que la ficción ayuda a afinar la sintonía sensorial, aun en el sentido más grotesco, más *gore* y más bizarro de lo material: las viscosidades, las gelatinas, la sangre, la arena, la saliva, lo más *slime* que rectifica el falso tacto LCD de los *smartphones*, todo lo que les transmitirán los relatos que aquí les esperan (especialmente cuando paren las cabras, ya leerán).

“La tierra te avisa, hijo. Siempre te avisa”, leemos en “Tembló”. Borrelli Azara ejemplifica esos avisos terrestres: una brisa rara o un olor lejano. Signos así pueden anunciarles una catástrofe a aquellos que conocen la semiótica de su entorno, como los habitantes de la sinuosa Sauzal Bonito, del departamento Confluencia, de Neuquén, adonde también llegamos con los escritores.

Nos habían dicho que ahí se sintieron los primeros sismos provocados por el *fracking* intensivo. La geofísica designa el fenómeno con un nombre específico: “sismicidad inducida”. Conocimos

a Hugo Acuña, bombero y referente local de Defensa Civil. Nos explicó que aquí nadie contaba con intuiciones para prever terremotos: antes de la fractura hidráulica, la tierra estaba quieta. Ni las liebres, ni los caballos ni los perros estaban entrenados para olerlos. Ahora los niños no pueden dormir, tampoco los ancianos. A ver si el techo se les cae encima cuando están durmiendo. Las paredes se muestran heridas por rajaduras y grietas de temblores anteriores, que no terminan de cicatrizar. “Esto es el paraíso para nosotros. Si te quedás tranquilo, en silencio, escuchás hasta las hojas cuando caen”, dice Hugo, antes de contarnos que el miedo a un nuevo sismo los ha vuelto paranoicos de los anuncios auditivos. Unos van al cardiólogo por hipertensión; otros, al psicólogo, porque han llegado a llamarlos en Neuquén “los locos de los sismos”.

Esto pasó. Así lo narran los protagonistas. Y podríamos seguir contando. Pero hemos elegido la ficción, porque abre la realidad a lo virtual, a lo posible, e incluso, a lo contrafáctico. Así se incubaba un cambio: imaginando cómo podría ser lo que es, lo dado, el dato. El mero dato.

Pablo Schanton
Mayo de 2026

El camino del oleoducto

Gabriela Cabezón Cámara

Esta antropóloga reporta lo que ve, lo que escucha. Lo hace brevemente, con la urgencia de la catástrofe, con la pregunta inevitable sobre la utilidad de su trabajo, de este informe: ¿Alguien leerá? ¿Alguien escuchará? ¿Le importará a alguien más allá de los afectados? Siquiera a ellos. A ella misma.

Condensa en lo que insiste, en lo que se repite. En las imágenes que cada uno de sus entrevistados recuerda —reconstruye— desde una u otra perspectiva: debajo de más o menos escombros, desde los huesos rotos o enteros, desde la intemperie —único refugio posible—, con la casa vuelta a levantar o ya en la periferia más miserable de alguna de las miserables ciudades de la República Argentina. El país que batió los récords globales de producción de petróleo no convencional este año, el de la elaboración de este informe.

Esta antropóloga convivió con los habitantes del pueblo. Los que aún quedan, los aferrados a la tierra estremecida, los que quieren quedarse bajo el cielo ese tan lleno de estrellas aunque el aire arda, aunque hasta las piedras se vean *blureadas* por el calor que sale de las plantas. Las plantas de tratamiento del petróleo sucio.

Viajó, esta antropóloga, a los campamentos de la precariedad, esos frutos casi instantáneos y enfermos de los terremotos de la meseta. Los de los que no quisieron aceptar el sacrificio pero no pudieron —no van a poder— evitarlo. Migrar es sacrificio. Vivir revolviendo basura y pisando los líquidos tóxicos que emana —los hidrógrafos del equipo del que esta antropóloga es parte investigan el borboteo, los surcos, la construcción de cauces de estos ríos que conforman islas en las zonas periurbanas— es un sacrificio. Son los sacrificados. No se registran aún zonas donde puedan liberarse de la decisión corporativo-gubernamental.

Los sacrificados quieren hablar. Se dirigen a esta antropóloga en todo su recorrido. Le convidan mates. Gaseosas baratas. Mezclas de harina y grasa en diferentes proporciones, pero constantes.

Quieren hablar. Hablan. De los animales, para empezar, porque fueron los primeros. Los primeros sacrificados, los primeros migrantes. Cada uno de sus informantes, cada vez que relata ese, su fin de mundo, lo cuenta. Los pocos animales que quedaban vivos, yéndose. El ñandú que solía correr por el potrero que era uno de los lados del pueblo. El lado de un final, el de abrirse a la pura tierra y roca. Los dos o tres zorros que buscaban restos de basura. En esto insisten: ahora, las bolsas de basura intactas. Ni las ratas. Y el cielo vacío.

Del silencio quieto como si el mundo fuera una bestia conteniendo el aliento hablan. Del cuerpo de un chimango cayendo. De la piedra que empujó cuando terminó de caer. Del cuello quebrado del ave, la cabeza pendulando hasta quedar perfectamente alineada con la fuerza de gravedad, como una plomada: y ahí cómo no darse cuenta. Todo lo demás, todo lo que no era

la cabeza muerta del bicho estaba torcido, torsionado, roto. Una demostración irrefutable. Roto el eje de las cosas. Y entonces, la piedra: clac, cranch, grrrrruuuuum. Un alud minúsculo. Otra informante dice de la caída de una golondrina. Otro, de la calandria. La imagen va a ser la misma, el *leitmotiv*: un ave muere en pleno vuelo y cae vertical en el silencio, sobre los escombros que caen, a su vez, pero ya como piedrita, como casi arena, apenas ruiditos, sobre ellos, que estaban bajo los escombros de sus casas. Y ahí los sollozos, los pedidos de auxilio, los rezos: el ruido de la vida que siguió viva después del último terremoto en Sauzal Bonito.

Entonces eso: esta antropóloga da cuenta de que no fue el aire ácido, hiriente. Ni la caída de los techos. Ni la sorprendente inquietud de la tierra. Esa pérdida, la de la tierra firme, no la supieron cuando se sacudió el suelo. Ni cuando se fueron los animales. La supieron, la entendieron, en el silencio de después. Cuando lo sintieron: las piedritas cayendo, los quejidos bajitos, los sollozos y el aullido del Negro, que no había huido. El Negro se había quedado ladrándole a la Jose. Avisándole. Había mordido su pollera y había querido arrastrarla. La instaba a abandonar esa tierra que no, no. Ya no era tierra firme. Se quebraba y quebraba las casas. La Jose lo entendió después. Después de la huida, del temblor, del techo que se les vino encima a ella y al Negro también, del silencio. De los primeros ruidos que hicieron tangible ese espesor que tienen los finales. El aullido lastimero del Negro la levantó. Le dio el coraje para mover el cuerpo, sentir las piernas, los brazos, las manos, los pies. Supo que estaba entera. No se acordaba cómo ni cuándo, pero había encontrado refugio debajo de la mesa de carpintería que los años pasados con el Martín habían dejado en

su casa. El coraje alcanzó para buscar los huecos, empujar los escombros. Lo logró. Se quedó escuchando. El Negro, claro, estaba cerca. El Negro no la iba a dejar. Ella tampoco. No sentía, dice, nada, más que eso: la voluntad de mover piedra por piedra hasta sacar al Negro de ahí. Era de madrugada y terminó a la tarde. El Negro mirándola a los ojos, dolorido pero tranquilo. La confianza de esos ojos amarillos. Lo logró. Lo desenterró al Negro y entonces vio el hueso que se le salía de la piel, lo acomodó, le puso un palo y lo envolvió con una tela, la de su pollera. El dolor que le salió al Negro de la boca. El llanto de ella abrazada a su animal. Y la certeza. Había que irse. Se iban.

Esta antropóloga cedió a la Jose uno de sus carros. Habiendo terminado sus entrevistas en Sauzal Bonito, eligió investigar un caso de migración de sacrificado. Este caso. Se fue, caminando, con la Jose y el Negro. Arrastró otro de los carros de trabajo por la ruta del oleoducto. Siempre lejos de cualquier cosa que se elevara del terreno, que pudiera caerse. Cedió, también, sus antibióticos para el Negro. Canjeó aspirinas por comida. Cigarrillos por agua. Esta antropóloga no dará cuenta en este informe de todas las transacciones realizadas y presenciadas. Baste decir que tanto ella como la Jose y el Negro hicieron parte del camino en la parte de atrás de una camioneta pick-up. Que atravesó, así, con las mismas estrategias de sus objetos de estudio, la meseta. Vacía, muerta. Hediendo a solvente. Siguiendo la ruta del oleoducto. No sabiendo qué harían una vez llegados a su término: el mar muerto del Golfo de San Matías. ¿Los barcos?, se preguntaba la Jose. ¿La ruta del petróleo hasta el final? La refinería, los barcos. El mar y después otra guerra. Una donde la tierra se mueve también. Y

todo estalla y quema y destroza. El primer mundo masacrando en sus fronteras. Sus fronteras siendo todo lo demás. Incluso lo propio suyo de adentro que sobra: esas gentes oscuras que amenazan desde sus agujeros. En el otro extremo del petróleo que sacaron de acá, las bombas sobre los cuerpos de sus aviones que alcanzan velocidades supersónicas con eso que sacaron de acá, de Sauzal Bonito, de la meseta entera, de Vaca Muerta. Meseta muerta, mar muerto. Y al final las gentes de la otra frontera, la de allá, tan lejos, descuartizadas, pulverizadas. Desapareciendo.

Esta antropóloga reporta ahora desde el puerto petrolero. Graba y no ha de transmitir hasta el final. Por motivos de seguridad. Los campamentos han cerrado el círculo. Hoy fue ocupado el último hueco deshabitado y se han hecho uno. Se ha articulado. Está vivo. Es una serpiente. Todos los aquí llegados viajaron por el camino del oleoducto. Todos están muertos aunque todavía respiren. Hay un solo camino, una vez más: el oleoducto. Sus pequeñas fugas que son entradas. Un fuego, unos fuegos.

Esta antropóloga cesa de grabar. Acepta el traslado que el corpogobierno le propone. Vuelve a su casa, con la Jose y el Negro. Solicita ayuda a la institución. Seguridad. Pasaportes. Pasajes de avión.

La parición

Magalí Etchebarne

*Todo era real e irreal
como es siempre en la vida.*

MAROSA DI GIORGIO

Se está quedando dormida cuando ve entrar en la habitación una figura enorme y espectral que se detiene junto a su cama. Por las persianas se cuela una claridad grisácea que la tiñe de un brillo ceniza. Es Princesa, una chiva negra de orejas caídas que aprendió a abrir los cerrojos y escaparse. Levanta la cabeza, da pasitos cortos en el lugar, la huele ansiosa. Livia se sienta en la cama, pero una punzada en el útero la obliga a doblarse. ¿Cuántas veces había sentido un dolor así al mismo tiempo que alguna de sus cabras, a unos metros de la casa, gemía por las contracciones? Un don, le había dicho su marido, la capacidad de sentir lo mismo. Eso es lo que vos tenés, Livia, te suena el cuerpo cuando comienza la parición. Había desaparecido después del colapso, pero esta noche, el don volvió.

Perdió la cuenta de los inviernos que pasaron sin que naciera ninguna cría. Creyó que les había quedado esa secuela, el rechazo a montarse, la pulsión apagada, como si los animales hubieran sobrevivido pero decididos a extinguirse. Primero los chanchos se escondieron, escapándole al cielo; una mañana, las ovejas aparecieron atontadas cerca del burro; y, por las noches, en el corral, las cabras se agolpaban en una esquina, presas de un miedo atávico a separarse, a alejarse demasiado. Estaban nerviosas a la caída del sol, olían compenetradas antes de comer, con un temblor en las narinas, prestando atención al horizonte, tomadas por una curiosidad asustada.

El día del colapso había sido seco y ardido; cuando oscureció vieron que las luces de todas las plantas procesadoras ya no estaban. Las máquinas se detuvieron, el sonido monocorde y aguado al que se habían acostumbrado se apagó de golpe. Fue como si se los arrancaran del pecho y de la mente, les pareció que lo extrañaban. Debían haber cortado la ruta por algún accidente, porque dejaron de escuchar el zumbido de las camionetas. Livia y su marido sospecharon, pero se acostaron a dormir.

En mitad de la noche, sonaron las alarmas de todas las bases. Se sintió el latido desde adentro de la tierra, como si estuviera por parir algo, le siguió el ruido ensordecedor de un calambre eléctrico, y después el gas en el aire, ese veneno inoloro y silencioso que en pocas horas terminó con todos. Con todos menos con ella y los animales. Cuando volvió en sí, su marido estaba acostado a su lado, muerto y gris, tan duro y tan hinchado como un chanco; le pareció que era de piedra. No sabe exactamente cuánto

pasó desmayada, porque cuando le cerró los ojos y los labios vio el color morado y ausente de lo que lleva muerto varios días. Las manos gruesas, todavía un poco sucias aunque mucho más pesadas, la hicieron pensar en sus propias manos. Ya no iba a abrazarla como cada noche, ya no le diría cabrita antes de acariciarla. Le cruzó los brazos en el pecho y olió cómo se descomponía.

Se alejó de la casa hasta la ruta desierta, caminó los cinco kilómetros que la separan de Añelo por la línea blanca del centro del asfalto; había azufre en el aire, una bandada de estorninos revoloteaba mareada, el sol estaba tibio y alto, no había nubes. Cuando llegó al pueblo, entró a las tiendas, golpeó en la comisaría, algunas puertas habían quedado abiertas pero no encontró a nadie, se habían escapado a tiempo.

Volvió a la casa y debajo del manzano que habían plantado cuando se casaron, cavó un pozo. Lo arrastró envuelto en una manta y lo enterró. En el pecho se le abrió la soledad. Quizás lo que vibraba en el aire y le erizaba la piel era la presencia de su propia muerte. Todavía alguien podía aparecer en su casa y pedirle que se fuera, insistir con que dejara el lugar y se salvara, que no pensara en sus animales ni en su terreno ni en el tiempo resistiendo, contra el viento y la sequía. Podía quedarse sentada ahí, frente a una tumba y esperar algo, o podía levantarse y volver a sus animales.

Besó a sus chivas y después de cerrar el corral fue a ver a los cerdos que estaban asustados, abrazó a las ovejas que eran solo tres, las estrellas estaban acomodadas en el cielo como siempre, indiferentes. Encendió fuego y tiró las cosas de su marido, se sentó a mirar las llamas consumir las botas y los pantalones de

trabajo. Vio cómo el cielo empezaba a aclararse y después, como si nada, amaneció.

¿Qué estaría pasando más allá del límite de sus predicciones? Las primeras semanas estuvo inquieta, por instantes aterrada, le parecía que alguien podía llegar en cualquier momento, pero siempre fue una mujer resuelta y tiene audacia, una escopeta, cajas de balas que robó de una casa del pueblo, el pelo oscuro y áspero atado en una cola alta, tiene menos de cuarenta años y no tuvo hijos.

Le llevó algunos meses darse cuenta de que era la única en muchos kilómetros a la redonda, no es que se hubiera alejado más allá del pueblo para comprobarlo, jamás habría dejado a sus animales por más de unas horas, sino que los días pasaron, después los meses y entonces los años, y nadie nunca llegó hasta su puerta, nadie nunca más movió las grúas ni se escucharon camiones por la ruta: la vida humana se había esfumado.

Pero una mañana despertó y habían vuelto las avispas, y las bandurrias se ordenaron en bandadas sincopadas. Alrededor se pobló de jarillas y piquillines de víbora, arbustos verdes y compactos, y los chanchos, poco a poco, volvieron a salir a la luz. Por las grietas en la ruta que dejó el temblor crecieron unas flores silvestres de un púrpura intenso y pastos altos y fibrosos que no conocía.

Las veces en que caminó hasta el pueblo la sorprendieron las casas y los containers desfigurados. Los grandes hoteles blancos y desangelados, contruidos de ventanales al desierto, ahora estaban bañados de tierra, empañadas las ventanas de un polvo

grueso que ya nadie limpia. Había sido una zona repleta de hombres, vestidos con el armazón de sus camionetas blancas; si no estaban yendo a lugares, estaban debajo de la tierra. Todo había sido de ellos, pero ya no queda ni su olor. Ya casi no piensa en los días en los que la tierra temblaba, las grietas en las casas, ni en su vecino, el chico que había encontrado los restos de un dinosaurio al que bautizaron con su nombre. Se pregunta si vendrá otro crujido todavía más profundo y, entonces, una explosión final que esta vez acabará con toda la vida. Mientras tanto hay cosas a las que aferrarse: el olor de las heces, el color del amanecer, el peso de la lluvia, lo que permaneció igual.

Pasa los días caminando por el desierto con las cabras, saltan graciosas entre las piedras, se suben a los árboles. Buscan qué comer, corren, tienen ingenio para arrancar flores y hacerse saber entre ellas que son ricas. Entran en los predios que alguna vez estuvieron electrificados, hay grúas altas y armazones de hierro abandonados, cohetes que despegaban hacia el interior de la tierra; unos robots mansos que se movían lento, como animales viejos que se inclinaban a tomar agua, ahora están inmóviles; la llama azul siempre encendida de la antorcha, apagada. Los jilgueros dorados se posan en los lomos de las cabras, a ella se le suben a los hombros, la siguen como ángeles. Cuando se sienta con los chanchos, revolotea un número inimaginable de mariposas que quieren jugar, aparecieron unas azules con puntos rojos, que podrían haber sido un sueño o una pesadilla, y la rodean. Pero todo más allá parece vacío, silencioso y eterno, un cementerio de torres apagadas que empieza a despabilarse.

A la hora de la siesta se acuesta al sol, el cuerpo en la tierra, las palmas de las manos al cielo. Cuando abre los ojos, siempre está rodeada de sus cabras, no es que se preocupen por ella, se acercan a escuchar, piensa, algo que su corazón susurra cuando está en paz. ¿Será la última persona respirando en el mundo? Se siente más ella misma que nunca, la mente despejada y la brisa leve, el olor de su piel, idéntico al de sus animales, el viento que habla; si se concentra puede escuchar lo que trae, ese idioma frío y seco, la gravedad de cada hora. Puede mirar hacia el cielo que, cuando está limpio y sin nubes, es como mirar adentro de sí misma, una ceguera de estar naciendo.

Livia se levanta y va detrás de Princesa. Es una noche helada y ventosa, el invierno no termina de irse y el viento susurra sus cosas, hay polvo en el aire. Cuando llega al centro del corral, ve a Canela echada en la alfalfa. Se sienta detrás y espera como se esperan las contracciones, sin nada más que hacer que esperar.

La cabra grita, se tensa, espástica, hace fuerza, después se relaja de nuevo, y en cada quejido la cría empieza a asomar. Ella mete una mano y tuerce para destrabar la cabeza, lo agarra como puede y tira hasta que sale por completo, lo acuesta en la alfalfa y le saca la placenta de la cara para que respire; después, se lo deja a la madre, que lo lame y lo lame para aprendérselo. Ya es un cabrito, pero hace unos segundos podría haber sido cualquier cosa, los ojos azules casi flúor, mudo, ciego, una mente luchando dentro de un sueño que no sabe que sueña. Enseguida se pone de pie y, aunque las patas son tan finitas que parece que se van a quebrar y tambalea, se prende a una teta y toma.

Los animales no dudan, jamás vio a una cabra paralizada antes de parir, y si esos ojos aceitosos y profundamente tristes son señal de miedo, prefiere no pensar. Para sobrevivir, aprendió, para estar agarrada a la vida, los dedos en la tierra, la boca salada al viento, cuando llega el dolor hay que concentrarse en él sin pensar que hay salida. El dolor, como una misión y una fuerza que se apodera del cuerpo y enloquece la imaginación, como el estupor de la muerte o como enamorarse. Agarra el cabrito y lo levanta en el aire: tiene los dos ojos y las cuatro patas, berrea, puede sobrevivir.

Cuando amanece, camina hasta el pueblo. Todavía tiene manos y sabe hacer las cosas de antes. Si los animales vuelven a parir quizás necesite mamaderas para los que no se prendan a la madre o para los que nazcan lelos, algo de alcohol por si tiene que suturar heridas.

Huele el viento frío cuando el sol se pone alto, hay un silencio espacial. No camina por la ruta, sería la presa perfecta de los pumas, va bordeando los arbustos, avanza escondiéndose. Más allá ve una fila larga de camiones abandonados. Solían pasar la noche silenciosos, esperando para cargar y descargar, lagartos oscuros y pacientes. Cuando entra en el pueblo ve la tienda: Productos regionales, ropa de campo, recuerdos, y más..., dice el cartel. El hotel Da Vinci y la escuela. Cruzan guanacos por la plaza, y un zorro. Se mete en el supermercado, camina entre las góndolas, agarra latas.

Cuando sale, ve la puerta rosa del casino y entra. Está oscuro, camina tanteando hasta un ambiente con una pequeña claraboya,

hay vasos estallados en el piso, huesos, mesas volcadas y máquinas destruidas, y de pronto la ve, una cabra parada que la mira. La poca luz exagera el susto, pero enseguida lo entiende, es un espejo que cubre la pared. Hacía tiempo que no se veía a sí misma, no tiene espejos en su casa ni los tuvo, y por un momento duda de ser ella, de haberse convertido en eso, de hacia dónde está yendo su cara, qué fuerza genealógica imantará sus facciones para estar tan parecida. El espanto a veces fascina, camina hasta el espejo.

Se abre el cierre del abrigo y se saca la ropa, se queda desnuda. Este es su cuerpo, se mira las tetas y se las sostiene, cada una debe pesar seiscientos gramos, las areolas oscuras alrededor de los pezones. Se acaricia la panza, se toca entre las piernas, lleva una vida tocando el cuerpo de sus animales, suaves y tibios, sintiendo ese olor que también es el suyo, metiendo la mano dentro, entrando en ellos, se acaricia, se pregunta si todavía estará en edad de concebir, aunque todavía sangra, piensa, ¿su cuerpo estará paralizado por el temblor? Se viste y sale.

Durante las semanas que siguen, y bien entrada la primavera, nacen más y más cabritos. Las cabras se mueven juntas, una marea de manchas por la meseta y hasta el valle, suben, bajan, van y vienen, lloran, el balido de cada cabrito es respondido por el de su madre. Princesa también está preñada, come manzanas y se la pasa echada de costado. Rosalía tuvo gemelos y alimenta crías de otras. Las crías crecen rápido, juegan a saltar arriba de las ovejas, y las ovejas ni se inmutan.

En el horizonte aparecen luces, titilan durante días y después se apagan. A veces, por la noche, escucha animales que se quejan, y algo así como disparos. Siente en el cuerpo la intranquilidad de las cabras.

Es una tarde sin viento cuando lo ve llegar. Está empezando el verano y el calor parece brotar de la tierra, brillante por esta hora de ensueño. Los chanchos duermen y las cabras están echadas alrededor cuando lo ve venir, se acerca recortado sobre el horizonte y no podría decir qué es, aunque parece un hombre.

Debería correr hasta la casa, buscar la escopeta, apuntarle desde lejos y pedirle que se detenga, preguntarle quién es, qué quiere. De dónde salió. Pero apenas puede moverse. Las cabras dan saltos sin avanzar, pasitos cortos y nerviosos, ella se esconde detrás de una chiva grande. Está casi segura de que él no la va a ver. Puede quedarse fundida entre las otras, dejar que pase. Pero el hombre se acerca.

Se acerca y es él quien tiene un arma colgando aunque no la apunta. Es como ver un milagro, es joven, mucho más joven que ella y más alto, podría ser su hijo si hubiera sido madre de muy joven como dictaba la naturaleza. Tiene las pestañas oscuras y la cara tierna de un chico que no fue criado en esa zona y en esos trabajos, que conoció otro mundo, de ruido y ciudad, algo que lo vuelve perfecto y delicado como una muñeca, perturbadoramente armonioso. Quisiera olerle el pelo que le cae denso y ondulado, oler sus labios, la barba. En otro momento le habría dicho que la siguiera, le habría ofrecido agua y leche. Le habría gustado verlo

sentado a su mesa, estirar el brazo sobre el mantel, esas cosas que hacen los hombres con las manos, pero apenas puede moverse, está paralizada.

Un silencio denso los rodea. Elvia solo escucha el latido de su corazón, siente las manos transpiradas, se le nubla la vista y se le cierra el pecho. Quiere alejarse, esconderse. Puede querer venir por su tierra, por sus animales. Si llega hasta la casa todavía puede agarrar la escopeta y disparar. Entonces corre. No sabe si él viene detrás, y corre, corre, empuja la puerta con la cabeza, pero adentro es imposible. Una maraña de maderas y superficies que no sirven para nada. Se esconde debajo de la que fue su mesa. Va a esperar. Que él se vaya, que desaparezca. Pero lo escucha entrar, golpea cosas. Ella sigue debajo de la mesa, se acomoda la ropa que lleva, junta las manos y mira el pedazo de cielo azul oscuro virando al negro que se ve desde la ventana, quizás nunca más haya viento. Siente a las cabras inquietas en el corral, los cabritos que la llaman, deben tener miedo. Toda esa paz de antes y ahora, sus animales inquietos, este hombre que cerró la puerta. Sabe que nada volverá a ser igual, el mundo, tal como lo conocía hasta hoy, está terminado.

Más tarde, cuando él se acueste en la cama que era de ella y su marido, va a repasar en la mente el momento en que divisó la casa a lo lejos y un montón de cabras. Se acercó despacio, no quería asustarlas. Entonces la vio. Caminaba con las manos en la tierra, monstruosa y confusa, recortada en el horizonte limpio de un cielo naranja que estaba virando al rojo. Su figura creció

a medida que estuvo más cerca. Le gritó que venía de lejos, que hacía tres meses que caminaba, y que hasta allí no se había cruzado con nadie. Y aunque ella lo miró embobada, le dio la impresión de que no lo escuchaba, la vio retroceder y esconderse entre las cabras. Le dijo que no tuviera miedo, que iba camino al sur donde le habían dicho que había una comunidad, solo quería comer algo y seguir camino. Se acercó, pero ella salió corriendo en cuatro patas, y se metió en la casa.

Ahora ya es de noche, no sale de abajo de la mesa, él todavía no le escuchó la voz, no sabe si habla. Por la edad que le adivina podría ser su madre. Es una mujer, pero parece otra cosa.

El manfloro

Michel Nieva

De la nube anaranjada de polvo emergían los berridos desahuciados de la cabra a punto de parir. Recostada, temblaba y gemía, resignada al destino de esa gimnasia para la que había sido engendrada. Su vientre incubaba carne valiosa que reproduciría más carne para vender, y por eso ahora era ella un mero envoltorio de la carne que incubaba su vientre, y que expulsaría como sangre extraída de la tierra.

A pocos kilómetros del rancho, en un yacimiento abandonado, dos empleados de Agromars tomaban muestras de una pileta de desechos químicos. Günther, el exobiólogo extranjero, y Daniel, baqueano y acompañante local. Ambos vestían, de pies a cabeza, unos herméticos trajes metálicos. En el oblicuo desierto de viento pedregoso parecían astronautas de visita en otro planeta.

Pero estaban en la Tierra, señores, ¡en la Tierra!

Con un gotero, Daniel extrajo líquido de la pileta y lo vertió en un frasquito de vidrio, que levantó en dirección al sol: la luz del mediodía no atravesaba la espesura de esa brea densa. Se decía que era tan alto el nivel de toxicidad de esas aguas, embebidas

de los residuos imperecederos del *fracking*, que ya nada volvería a nacer allí. Salvo, claro está, El Dorado en miniatura que los exobiólogos buscaban: una cepa de *Frackibacter vaccamortensis*, microorganismo extremófilo que había mutado para alimentarse de los metales pesados que contaminaban el suelo. Este atributo microbiano de adaptación excepcional había despertado la atención de Agromars, corporación de agroindustria espacial, cuyos estudios más recientes habían sugerido que algunas cepas de esta bacteria, que abundaba en Vaca Muerta, no solo sobrevivirían a la aridez extrema y a la radiación ionizante de Marte, sino que, en interacción con el regolito marciano, degradarían nutrientes como fósforo y potasio y fijarían nitrógeno en el suelo.

Al descomponer los tóxicos más contaminantes de la Tierra, estas bacterias se habían convertido en una promesa del naciente boom financiero de lo que muchas empresas de terraformación denominaban la postvida: la continuación de la biología terrestre en nuevos planetas. En otras palabras, dicha cepa de *Frackibacter vaccamortensis* lograría nada menos que fertilizar la superficie de Marte, y transformaría en especímenes interplanetarios a granos como la soja o el maíz. Si el hallazgo se confirmaba (soñaban los ejecutivos de Agromars), la milagrosa extremófila (debidamente patentada, reproducida y manufacturada), además de atraer dividendos incalculables, materializaría un hito trascendente en la historia del cosmos: convertir a Vastitas Borealis (la llanura más extensa de Marte) en una pampa marciana, vertiginosa planicie de monocultivos extraterrestres y gauchos intergalácticos. Así, en un mundo en decadencia irreversible, la extremófila *Frackibacter vaccamortensis* encarnaba el preámbulo de una nueva biología en

fuga, postrer canto de cisne de la vida terrícola que, en su melodía más bella, mudaría (gracias a la visión científica y empresarial de Agromars) hacia otras esferas.

El tiempo, sin embargo, apremiaba: se decía que Soy Galactics (SG), la competidora directa de Agromars, ya había encontrado una bacteria semejante en las espumosas orillas del río Níger, donde hacía décadas Shell había protagonizado el derrame de desechos petrolíferos más dramático de la historia. Un monstruoso microbio adaptativo, oriundo de África, capaz de devorar arsénico y cagarlo en moléculas fertilizantes. De anunciarse el hallazgo y ulterior patente, el plan de Agromars quedaría por completo saboteado. Por eso, sometidos a la urgencia de adelantarse a su competencia, Günther y Daniel hacía semanas rastrellaban sin descanso en busca de la bacteria perfecta. Si bien las comunidades microbiales hasta el momento pesquisadas parecían mostrar resistencia ante las condiciones atmosféricas marcianas, ninguna respondía positivamente a la fijación de nitrógeno en el regolito. Una pista, sin embargo, los guiaba: a medida que se acercaban, desde Añelo a esta zona, la más contaminada de todo Vaca Muerta, la calidad de las muestras mejoraba más y más. Fue así que, cuando terminaron de recoger los frasquitos y subieron a la camioneta a seguir este indicio, recalaron en las cercanías del rancho donde la cabra se encontraba a punto de parir.

Pero antes de continuar con la historia, cabe una importante aclaración: yo soy la bacteria que estos científicos buscaban. Llámenme, si quieren, *Frackibacter vaccamortensis*. Así me había bautizado, en el año 2084, vuestra ciencia, pese a que mi especie habita en este planeta desde hace miles de millones de años.

Ocultaré, sin embargo, mi edad: no por vanidad, sino para no abrumar la imaginación infinitesimal del lector, para la que un o después de un o después de otro o y o y o y o es una abstracción matemática, como la duración del infinito o un círculo cuadrado. Solo diré que en estas mesetas he visto nacer y morir gliptodontes, megaterios, trilobites y que, más atrás en el tiempo, asistí al esplendor y el ocaso de los anfibios emplumados que ustedes llaman dinosaurios. Como bien supondrán, preexisto a la historia general de su especie, y evidentemente testimoniaré también su agonía final.

Pero lo que Agromars y estos científicos ignoraban es que no había forma de que nos llevaran “por primera vez” al espacio, porque nosotras, las bacterias, provenimos de allí. Gracias a un meteorito que ofició de nave, recorrimos los millones de años luz que separan a este planeta de la galaxia de Andrómeda, nuestra cuna inicial. Las razones por las que del apabullante repertorio de mundos y de esferas mi microscópica comunidad eligió la Tierra ya son muy antiguas y difusas y poco importan. Pero ciertamente habitamos este planeta hace más tiempo del que podrían entender, y por eso aquí nos quedaremos. Sobrevivir y resistir hasta el fin es la modesta meta a la que aspiramos en este terruño del cosmos que llamamos nuestro hogar. Los satiristas tildaron a Leibniz, pensador de vuestra especie, de cándido por afirmar que vivimos en el mejor de los mundos posibles, cuando aún la potencia de esa verdad retumba con más fuerza que nunca: no hay en el vasto conglomerado de estrellas otro planeta tan maravilloso como la Tierra. Nosotras, las bacterias (que conocemos a fondo la galaxia), podemos confirmarlo. Sin pretender sabotear

el final de esta historia, apenas diré que, meses después, cuando fui llevada de este rancho a los laboratorios de Agromars en Kansas, renuncié a cooperar en las pruebas. Entré en estado de latencia permanente, y se dieron por fracasados el experimento y el proyecto.

Pero antes de que acaeciera dicho evento, fatídico para Agromars y que poco, al menos a mí, importaba, cabe narrar la llegada de sus científicos al rancho donde yo anidaba y una cabra paría.

La camioneta, perdida en el medio de la ruta, se acercó a pedir indicaciones al único vestigio de vida humana que encontró en la vasta extensión: esta modesta tapera de chapa y madera.

Al atravesar la tranquera, fabricada con un pedazo de barril de YPF, los chillidos animales guiaron a Günther y a Daniel entre gallinas y corrales hasta el fondo, donde una mujer, sola, ayudaba a una cabra en su parición. Al verlos entrar, la criancera les suplicó:

—Por favor, ayuden a esta criatura a salir.

Los científicos se miraron con estupor. Tan urgidos se sentían por hallar la bacteria, que no se daban cuenta de la majestad del ritual al que habían sido convidados. La cabra berreó y tembló y la señora volvió a gritar:

—¡Agarren la cabeza, que ya sale!

Amedrentados por el grito, los científicos se arrodillaron frente a las patas traseras.

La cabra gemía y su concha, que emanaba una crema blanquecina y espesa, se abultaba con la forma de una pelota por la presión del feto que estiraba la piel, aunque no lo suficiente para salir. Ovoide, viscoso, impreciso, el feto empezó a asomar de la

carne de la madre. El científico sostuvo el cacho de cabeza pegajosa que sobresalía hasta que, en un instante de sangre y tripa y mierda, la cría se derramó entera sobre el barro que las viscosidades le habían dispuesto sobre el suelo. La madre se dio vuelta y se alimentó de la capa gelatinosa que recubría al recién venido.

Mientras tanto, la criancera cortó el cordón umbilical. Levantó las patas de la cría y examinó sus genitales. Después de unos minutos de inspección, afirmó:

—Es un manfloro.

Como si las palabras lo volvieran real, miró a los científicos y, con una sonrisa, confirmó:

—¡Un manfloro!

Los científicos se acercaron y verificaron el prodigio de la carne hermafrodita. Si bien un manfloro implica una pérdida económica para un criadero (su carne no sirve de alimento, ni tampoco se reproducen o dan leche), se cree que su excepcional nacimiento vaticina la llegada de un provechoso tiempo nuevo. Matarlos es mal agüero y su nacimiento, motivo de celebración.

El sentido de la vida, creemos las bacterias, es como un ovillo. En el transcurso normal de la existencia permanece replegado y vedado a su portador. Hay, sin embargo, unos pocos episodios epifánicos que lo despliegan con todo el esplendor de su verdad, incluso aunque la potencia de esta revelación pueda pasar desapercibida ante los ojos mismos de aquel al que se le muestra. Me permitiré sentenciar que el nacimiento del manfloro debió haber sido, para los científicos, uno de tales acontecimientos. Porque cuando se retiraron para continuar su búsqueda, el desierto

desapareció de Vaca Muerta. Todo lo inundó sutilmente el estrépito de una música. De pronto al rancho no paraban de llegar vecinos. Traían comida, regalos, botellas de vino. Iban a festejar la vida y la prosperidad futura que anunciaba el manfloro. Los científicos tomaron una muestra del fondo del rancho, donde yo plácidamente yacía, y siguieron en busca de la postvida, que presuntamente extraerían en fuga biológica hacia Marte. A la creación de una pampa marciana muy lejos de donde ellos y de donde todo lo conocido existía. Sin embargo, el manfloro revelaba que no sería en Marte, sino aquí, ahora, frente a nuestros ojos, donde la vida continuaría y florecería.

Y todo esto ocurría en la Tierra, señores, y en ningún otro lugar: ¡en la Tierra!

Tembló

Gabriela Borrelli Azara

*Dicen que tiembla la sombra de mi pueblo;
está temblando porque ha tocado la triste sombra
del corazón de las mujeres.
¡No tiembles, dolor, dolor!
¡La sombra de los cóndores se acerca!*

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, “Temblor”

La Negra

No se acuerda la Negra, por más que haga fuerza, no se acuerda. Piensa. Pudo ser el primer temblor, capaz. Se sentaba todas las tardes en la vereda de la casa, sacaba la silla y ahí con el Bebo miraba la calle hasta que caía alguna. La Patricia seguro. Le traía la recaudación del día y siempre algún regalito: un perfume, un collarcito, medias, algún juguete para el Bebo. La Patri era la más grande de las hijas de la Negra, y algo así como una gerenta general: zonas liberadas, empleadas arregladas, negocios a los que se podía entrar fácilmente, movimiento de dinero o mercadería...,

todo, todo pasaba por la Negra, que repartía la información a través de la Patri. Esa tarde pudo ser, cuando la Patri cayó con la bolsita de la guita y se sentaron a tomar mate: el Bebo pegó un grito que las aturdió, y se sintió. Se sintió cómo la tierra se movió, cómo la silla se sacudió: un temblor. Salió la vecina a los gritos con la nieta en brazos, ¿escucharon, sintieron? ¿Qué pasó? La sacudida fue tremenda. Una sacudida que cambió todo. El temblor. La Negra lo empezó a sentir por las piernas: se las miró, las tocó, mientras oía al Bebo gritar, mientras la Patri, blanca como una nube, ¿sentiste, mamá?, sí, claro que sentí, y así al minuto otro más y un poco más fuerte, que se sintió en los cimientos de las casas, como un subte que pasara por abajo. Se acordó la Negra de las veces que iba a Buenos Aires y se paraba frente al Obelisco y estiraba la cabeza mientras sentía el subte que le pasaba por abajo; un rato largo se quedaba la Negra ahí, esperando otra vez la sensación, mirando esa pija enorme en el medio de la ciudad, las luces y el sonido de los autos en las piernas sentía el subte, algo así parecido pero como a muchos kilómetros de distancia, en ese mismo momento bajo sus pies. La Patri dijo vamos adentro y la Negra le agarró la mano y le dijo no, quedémonos acá, a ver si viene otro y se cae el techo. Entonces lo agarró al Bebo, se lo puso cerquita y esperó. Callate, Patri, que tiene que venir otro, y así, igual que frente al Obelisco, esperó el tercer temblor, el último, el que dejó a todo el barrio sin luz, el que movió los cerros y dejó dibujadas las paredes de las casas del pueblo. Ese temblor sabía la Negra que era el último. Después, empezaron a sonar las alarmas y las sirenas. Bomberos, ambulancias, bocinas, gritos. La Patri trataba de enganchar algo con el celular pero nada, ni una

línea de conexión. La Negra miraba al cielo con el Bebo llorando al lado de ella, miraba cómo el azul se iba transformando en gris primero y después en un violeta oscuro; eran apenas las seis de la tarde pero todo el cielo estaba encapotado como cuando venía la lluvia, pero distinto. Plomizo, sí, como lleno de algo, como si algo sólido y oscuro se hubiera posado sobre las nubes. Vamos adentro, mamá, le decía la Patri, y la Negra inmóvil. Llegó arando Alcira en la camioneta. La hermana de la Negra se bajó a los gritos, vamos, Negra, metete, vamos adentro, y la Negra entonces se paró, sí, vamos adentro, que esto ya pasó. Había pasado el temblor, pero no lo otro, lo que la Negra sintió, lo otro que ella vio en el cielo. Le dio un beso al Bebo en la frente y le dijo vamos, mi amor, vamos para dentro. Eso, piensa la Negra, pudo ser el inicio, el origen.

Esa misma noche, después del temblor, todo el mundo comentaba. El color del cielo, los postes caídos, los animales nerviosos. Por eso, cuando a las tres y media de la mañana se escucharon en el silencio de la noche las sirenas intensas de dos ambulancias y los motores a toda velocidad de dos autos, la Negra abrió los ojos y lo vio. Se agarró como pudo de la cama, usó todas sus fuerzas para levantarse, lo despertó a Fabián, uno de sus mellis que todavía vivía con ella, puso la cabeza debajo del chorro de agua de la canilla de la cocina, se puso el poncho rojo, abajo se dejó nomás el camisón mojado, y le dijo: mirámelos al Bebo y a los pibes de Patri que voy al hospital, pero ¿qué pasó, mamá, qué pasó? Fabián no entendía, y la Negra que ya estaba arriba de la camioneta. Una seguidilla de imágenes se le empezaron

a pasar por la cabeza: la risa sacada, la cumbia, el canutito de la Patri, una frenada, los ojos de Estela cerrados por la tierra que levantaron las ruedas, los chabones entrando en manada, la falta de aire de Romi, las uñas quebradas de la Patri, que se defendió, la desesperación de Lisi, que tuvo tiempo de correr a la puerta y gritar ayuda, ayuda. El auto arando con los chabones que se subían, los palos, los primeros vecinos que empezaron a prender las luces, la sangre desparramada, la baba que le empezó a salir por la boca a la Mica desmayada, la cara violeta de Romi que se ahogaba, la sangre en la nariz de Estela. Todo eso pasó mil veces por la cabeza de la Negra, que estacionó en la puerta del hospital justo atrás de la ambulancia para ver cómo bajaban en camilla a su hija, desmayada y babeando.

Le raspaban las manos apoyadas en el volante. Era la arena que volaba en este pueblo de mierda. Los lugares donde se juntaba la arena silíceas estaban cerca de la casa de la Negra y, cuando el viento pegaba fuerte, podía sentir el aire que literalmente le cortaba la cara. La Negra puteaba, estos mierdas, pensaba, no perdonan nada, ni el aire perdonan. Esas pirámides que la Negra veía, toda esa arena que, mezclada con el agua, perforaba la tierra, se hacían aire cuando soplaba el viento y pensó que algo de esa arena estaba en el volante porque le raspaba las manos. Cuando llegó a la puerta del hospital y vio cómo bajaban a su hija, la Negra sintió en la boca una secazón total y las piernas se le desvanecían, pero no como una sensación, no, eh, veía sus piernas gordas hacerse un montículo de arena delante de ella en el piso de la camioneta, y no quería despegar un segundo las manos porque sentía que se

le deshacían también; pero la puta madre pensaba o gritaba, ya no lo sabía, ¿qué es esto?, se me va el cuerpo, se me hace arena. Entonces la Negra cerró los ojos, visualizó sus piernas, los pelos, las várices, los dedos de sus pies, los visualizó como los miraba moverse debajo del agua cuando se tiraba al río y Marito le decía haceme como la Coca, como la Coca Sarli. Así se imaginó sus piernas la Negra y de pronto todas las células de nuevo se volvían a juntar y sentía como un viento por abajo que hacía materia, que se hacía su cuerpo. De todo la Negra había sentido, pero esto, este hacerse y deshacerse a sí misma, nunca. Ahora, mientras su hija entraba a la guardia y los médicos le revisaban la cabeza, la Negra se hacía de nuevo y bajó con sus dos piernas, las mismas de siempre, las que veía en el río, las que la sostuvieron a la Patri, que ahora está tirada en una camilla, que apenas puede respirar. En la puerta del hospital se habían juntado todos, porque la voz se había corrido y ahí estaban todos esperando, viendo cómo las entraban de a una y moribundas a las pibas de la Negra.

Al Paisa lo conocía desde chiquito; la Negra había hecho negocios con el padre. Un usurero que prestaba plata que sacaba de la mafia de la carne, primero; después, cuando empezaron a aparecer los primeros pozos petroleros, del intercambio de peones y la data de los campos para las empresas. Claro que lo conocía al Paisa. No le importaba la tierra ni nada, se cagaba en el trabajo de sus abuelos, que habían venido del norte para trabajar esta tierra seca pero fecunda llena de petróleo por abajo de los pies. Enseguida supo el Paisa que las petroleras necesitaban datos y alcahuetes como él, que supieran a quién y dónde apretar, que

supieran de puestos y de animales. Y lo demás, lo demás era solo cortar cabezas de ganados que andaban pastando, para amedrentar a indios o a campesinos, allanarles el lugar para que dejaran la tierra como un queso gruyer toda agujereada, y después, mucho después, pasaran esas mangueras enormes que sacaban el agua del río. El Paisa era el que armaba la jugada. Por eso se podía sentar con un millonario yankee tanto como con el campesino más pobre. El Paisa. Al que la Negra conocía de chiquito, al que le vio todos los negocios.

Que habían entrado en patota los hijos de remil putas, que sabían que estaban festejando las chicas, sus chicas, las pibas de la Negra, y ahí cayeron. Tres monos más uno que manejaba. Cagones de mierda que llegaron corriendo una picada, saltaron la parecita y en dos segundos las sorprendieron. Un primer golpe en la cara de Mica, que no pudo seguir respirando, un batazo en la nariz a Romi, una trompada en el estómago a su Patri, la patada en el vientre a Lisi. Tres minutos duró todo. Los mierdas dejaron un tendal de sangre sobre la mesa. El mantel ensangrentado fue lo primero que vio la Negra en medio de la noche. Las florcitas rosas salpicadas de una sangre marrón, con coágulos que se extendían por la tela. Tres minutos duró todo. Estelita estaba llegando tarde con dos cocas en una bolsa cuando la tierra del arranque de la chata que salió disparando de la puerta de la casa de su amiga le hizo cerrar los ojos. Ni pudo ver quiénes eran. En ese momento la vio a Lisi, que, rengueando, llegó hasta la calle y gritó: ayuda, ayuda. Todo duró tres minutos. La bolsa de Estelita desparramada en medio de la calle, las primeras luces de las casas vecinas

encendidas, la cumbia al palo que seguía sonando. Nos atacaron, nos atacaron, decía Lisi. Estelita se mandó para adentro y las encontró todas golpeadas: Micaela con la cara sobre la mesa, Patri tirada abajo, con toda la cabeza ensangrentada, y la Romi toda violeta, sin poder respirar. Tres minutos duró todo.

Ellas las agarraron como pudieron, empezaron a subirlas a los autos que pararon cuando vieron que algo pasaba. El hospital más cercano estaba a diez kilómetros. Los diez kilómetros más largos de la vida. De la vida de ellas.

Javier

Javier con los pies descalzos en el patio de su casa. Javier al lado del escritorio tapado de mapas. Javier con la mirada al cielo haciendo cuentas. Javier arriba de la camioneta atravesando la ruta. Javier agachado tocando la tierra. Javier al teléfono. Era Gustavo quien le había dicho: en cualquier momento, hermano, se viene. Todo lo dice y todo lo decía: el aire, el cielo, una brisa rara, un olor lejano. Estaba a varios kilómetros de los pozos, pero sabía que las perforaciones se extendían por casi cuatro kilómetros y que los temblores tenían repercusiones mucho más allá. Cien kilómetros le parecieron muchos, pero podía pasar. Una cosquilla en los pies, una mínima, que lo hizo sonreír. ¿Por qué sonreía? Porque tenía razón, porque finalmente tenía razón, hermano, se venía, y estaba en sus pies, en el cielo plomizo a los lejos. Tembló, la puta madre que tembló esta mierda. El suelo estaba caliente, pensó. Algo se abrió, seguro se abrió. Después pensó en las casas, en

los puestos, en los animales, pensó en las bardas, en si seguirían en su lugar, en si se habría caído alguna piedra. Todo eso pasó por su cabeza, atinó apenas a agacharse y a poner las manos sobre las baldosas del patio. Pensaba qué hacer primero. Quieto unos segundos, como arrodillado ante lo que acababa de sentir; tenía que ponerse en acción ya mismo. Entró corriendo a la casa, mientras se ponía las zapatillas llamó a Hugo, atendeme, Hugo, carajo. Hugo no lo dejó hablar: tembló, Javier, tembló como la mierda, se movió todo, los animales están como locos, sonó todo, creo que algunas casas se hicieron mierda. Voy para allá. Claro que iba a temblar. Él lo sabía. No había pensado en otra cosa. Años analizando datos, todas las mañanas estudiando los límites de la tierra, la maquinaria que habían traído. En el asiento del acompañante, la carpeta escrita con fibrón azul: “Observatorio de Sismicidad Inducida”.

Andá, qué se van a llamar cigüeñas, papá, sí, mi amor, que se llaman cigüeñas esos aparatos que se meten adentro de la tierra, ¿no ves cómo tienen el pico igual que las cigüeñas que te mostré el otro día? Matías inclinaba la cabeza y decía no me acuerdo de la cigüeña animal, y Javier se reía, porque para su hijo había una cigüeña animal y otra no, y esta cigüeña ¿qué es?, de metal, decía Matías, y la rima se hacía todo clima de ternura. Ahora Javier, con las manos heladas en el volante, veía la foto de Matías, que se dio vuelta colgando de una cintita roja del espejo retrovisor. La carita de su hijo cachorro, cosita..., y toda la ternura de la que era capaz lo envolvió. Intentó algunos movimientos, pero solo los recuerdos se movían dentro de él: la primera vez que señaló

una montaña y lo miró, los primeros pasos, las manitos que se movían buscando dentro de la cuna, los ojitos, su voz de nene grande diciéndole andá, papá, qué se van a llamar cigüeñas.

Algunos pozos tenían mil metros de profundidad. Mil metros. ¿Diez cuadras? ¿Cuántas casas? ¿Cuántas personas agarradas de la mano o montadas, una a una, pies sobre cabezas bajo pies sobre cabezas? Los mapas que habían llenado su mirada los últimos quince años ahora se superponían unos a otros en su pensamiento hasta dejarlo inmóvil. ¿Cómo atravesar esa tierra rota ahora? Las manos en el volante, estáticas, sin poder mover nada. Javier se había subido a la camioneta, pero las piernas no se movían. Sabía que tenía que ir, rápidamente ir a buscar en las casas lo que había dejado el sismo. Estaba preparado para analizar cada centímetro de movimiento, sabía qué decir y qué preguntar a la gente que había sentido cómo se le movía la casa. Tenía los elementos y la espera, los años que se la pasó dejando papelitos: *Soy Javier Gentile, estudio los sismos, si sintió un temblor comuníquese al 245 55 5896*. Todavía se ve la hoja arrancada del cuaderno Gloria en la heladera de la cocina de Simón que, sentado frente a la tele vio cómo un relámpago se dibujaba en la pared rosa de su casa. Una línea negra sin rumbo que iba separando el material y el color. Ese papel estaba en la cabeza de Javier mientras con la mirada fija arriba del volante sentía una secazón total en la garganta, como que las piernas se le desvanecían, pero no como una sensación, no, eh, veía sus piernas hacerse un montículo de arena delante de él en el piso de la camioneta y no quería despegar un segundo las manos porque sentía que se le hacían arena también. Pero la

puta madre, ¿qué es esto?, se me va el cuerpo, se me hace arena. Entonces Javier cerró los ojos, visualizó sus piernas, sus brazos musculosos, los pelos de su pecho, las uñas, pensó en su cuerpo chiquito asomando la cabeza por la ventanilla del camión de su papá, cómo ese viento le pegaba en cada parte de la cara, pensó fuerte en esa felicidad y volteó la cara para el asiento del acompañante y pudo verse a sí mismo, feliz y sonriente, con medio cuerpo fuera del auto con la barda color cobre de fondo.

El agua, el agua en la que flotaba haciendo una estrella mientras Patri lo miraba desde la orilla. El río al que fueron la mañana después del primer beso. ¿Vamos al río a desayunar?, y el desayuno fueron más besos y el agua, el agua casi fría que los envolvió a los dos, que tirate, Patri, que está hermosa, y que no tengo malla, Javier, pero qué importa, y así vio Javier cómo Patricia se sacaba primero la remera, después el pantalón, y metía los pies en el agua; tuvo frío primero pero después le gustó y se hundió más y se tiró, y bailaban Patricia y sus tetas en el río, y reían los dos, medio de vergüenza, medio de calentura, porque se miraban con amor o parecido, y sentían que se tocaban casi con la mirada y a todo le dijo que sí Javier después de ese día a Patricia, que sí sos mi novia, que sí vivamos juntos, que sí tengamos un hijo.

Mil estrellas amarillas en los mapas del observatorio que relacionaban los sismos con las áreas donde se fracturaba la tierra. Eran otras estrellas, o tal vez las mismas para marcar el movimiento de una tierra, el temblor que no dejaba nada igual, la grieta que dibujaba en las casas y en el suelo. Estrellas amarillas,

bien visibles, como si quisieran saltar del papel desparramado en el asiento de la camioneta con la que recorría pueblos, estaciones, universidades, escuelas, comunidades aborígenes, oficinas de políticos y estudios de abogados. Mil estrellas amarillas para señalar los pequeños movimientos que no eran más que la antesala de lo que había sentido hacía instantes, mientras seguía con las manos sobre el volante, sin poder moverse. Con los músculos paralizados menos uno: el del recuerdo que le traía mil imágenes como las mil estrellas extendidas por la tierra para marcar su destrucción, mil estrellas como las de esa noche en que besó a Patri por primera vez, mil estrellas como las que ahora se le aparecen en la cabeza. Tembló, la puta madre, tembló fuerte esta vez. ¿Qué estrella sería?

Javier ya tenía un hijo, un pibe grande, pero con Patri quería mil más. Hasta el día del río, a lo mejor se volvía. No había nada en ese pueblo para él y en cambio allá, a varios kilómetros, podía ver mejor, vislumbrar los agujeros en la tierra en todos lados, cada vez más, de punta a punta del lomo filoso de la montaña, esa bestia agujereada que por todos lados se rompe. Patricia era hermosa, la amaba o parecido, que siempre da lo mismo para el cuerpo que recibe como un don los besos y las caricias, pero entrar en Patricia, en su amor, en su olor, en sus besos, era entrar en otro pozo más oscuro. Sabía que había estado con el Paísa, sabía o le habían contado que todo había terminado mal. No solo era una basura, un sorete, un malnacido, el Paísa, además estaba loco, nunca se sabía qué esperar de él. Pero el río y su estrellerío en los ojos de la Patri, su bombacha azul mojada y toda su piel suave y

divertida, sabía que le decían que de esa tierra no se iba a ir más. Que te amo, Patri, que te amo, Javier y para siempre.

Mirá ahí, Javi, le decía señalando los estratos rojizos de la barda, eso es el tiempo apilado. Si sabés leer el color de la tierra, sabés si el camión va a patinar o a enterrarse. La tierra te avisa, hijo. Siempre te avisa. Javier recordaba bajar del camión en las paradas al costado de la ruta. El cuerpo enorme y macizo de su padre, tirado debajo del camión mientras le hablaba, parecía que salía del mismísimo suelo. La mano sobre las rocas el día en que le dijo: no es una alfombra, es como una piel, si la lastimás, sangra, le decía el viejo, mientras alzaba la cabeza al cielo.

Cuando pudo al fin mover un dedo, y después el siguiente, cuando empezó a sentir que cada músculo de la mano empezaba a responder intentó dirigir toda su energía al pie, y finalmente moverse, arrancar, salir de ahí, de ese lugar o de ese momento en el que todo se había detenido, empezar a atravesar los kilómetros para encontrarse con lo que justamente había esperado tanto: el temblor que anticipó, el que estudió antes de que hubiera sucedido, el que cambió todo para siempre, el que subrayó esa tierra, el que había dibujado pero no sentido. Y cuando finalmente sucedió no podía moverse, hasta que sintió el cosquilleo en el antebrazo, los pensamientos que se habían corrido, la imagen de su padre, y la de Matías, que se apartaban para dar lugar al movimiento, para que sus piernas se empezaran a mover y pudiera apretar el acelerador, mover los brazos y poner primera, escuchar el motor encenderse y seguir la ruta, a la velocidad que más pudiera, rápido

seguir un camino nuevo para él, porque no seguía ningún mapa ni ninguna indicación del GPS, eran solo sus manos y sus pies que pensaban con la camioneta, que esquivaban autos, que doblaban con seguridad, que atravesaban los semáforos y las luces, era ya la madrugada pero él no sabía adónde lo llevaba ese camino que había empezado hacía horas, sin parar, sin mirar, sin responder el teléfono que sonaba y al nombre de Hugo que aparecía en la pantalla. Seguir el camino, la piel que conocía, las indicaciones que venían de otro lado. La velocidad se hizo más lenta, entró en la ciudad, esa ciudad sin horarios, trabajando las veinticuatro horas siempre, iluminada por las ciudades petroleras en las que cada mechero parecía un mástil; se desplazaba lentamente por las calles hasta que frenó frente a la puerta de la guardia del hospital. La punta de su camioneta frente a la de otra camioneta. La Negra que levantó la vista, él que la sostuvo. Los brazos en la misma posición, las piernas otra vez arena, el mismo temblor en los dos cuerpos. Había temblado igual pero diferente. ¿Por qué Javier había llegado hasta ese hospital? Una fuerza más grande que él le hizo escuchar la tierra, atravesarla y encontrarse con los ojos de la Negra, de los que no podía salir, hablar con ella sin palabras, saber que el mismo fuego los recorría, el mismo odio que nacía de diferentes lugares, sus vidas atravesadas por el temblor y el mismo amor, esa fuerza que deshace los cuerpos y vuelve a armarlos solo con el pensamiento. El temblor que uno esperaba y la otra sintió, el temblor que, los dos sabían, sin saberlo había iniciado algo esa noche, que había quebrado la tierra más cercana, la tierra que uno había perdido y la otra tal vez recuperado. La tierra donde había nacido Matías, las manos que lo habían acariciado,

su abuela. Los ojos de ella que ahora se fundían con los de él, que había estacionado en la puerta del hospital justo para ver cómo bajaban en camilla a Patricia, desmayada y babeando.

La canción humana

Claudia Aboaf

*[...] y aquí hasta la noche se ha opacado
y el viento ruge
arrancando hasta las ganas de quedarse
seguro que las lomas quedaron peladitas
por ahí andará el ruego de Ignacia
Quintulaf*

LILIANA ANCALAO, “Las mujeres y el viento”

*He visto todo, he visto la oscuridad
He visto la luminosidad en una pequeña chispa
He visto lo que elegí y lo que necesito
Y eso es suficiente, querer más sería avaricia
He visto lo que fui y sé lo que seré
He visto todo, no hay más que ver*

BJÖRK, “I’ve Seen It All”

Descansaban en la playa. ¿O agonizaban?

Fuera de la hora en que iba la gente se veían solitarios, pero cuando llegaba alguna familia, les parecía que así, desarticulados,

eran basura, y conjeturaban que podrían anunciar plagas. Por la tarde la humedad salina se congregaba y merodeaba sobre la playa hacia la estepa, pero el vientazo patagónico la dispersaba allí donde comienza la infinita vida desértica. El borde de la arena con el agua estaba sembrado con esa carne parda.

A Rayén, fuerte como un evento oceánico, la vieron levantar uno de los cuerpos.

No supo si estaban ahogados o si en el agua espumosa es cuando mejor respiran. Acercó uno a su cara y cerró los ojos. El olor que exudaban, la armonía de sales, era una escala que surgía desde la nota de corazón. Algo grandioso sopló en su interior y ensanchó sus pulmones. Engrosó los labios y emitió un sonido brillante nunca antes alcanzado por la voz humana. La vibración de su coloratura hizo que la carne elástica trepidara con ella. Se asustó y lo arrojó al pedregullo. El océano, que jamás se detiene, lo engulló. Corrió para atraparlo, ¿quién era más veloz? ¿Ella? ¿El mar? El oleaje envolvió el alga cachiyuyo con su manta. Se quedó esperando a que lo devolviera.

Al día siguiente, y el que siguió, la playa inmensa se cubrió de esas algas pardas. Se habían soltado de sus raíces submarinas, donde se mecían con las mareas formando una selva hipnótica. Sobre la arena seguían unidas por las sogas marinas. Rayén se armó polleras con ellas. Comió el tallo verdoso y los frondes; dio mordiscos a las hojas con celdillas como panales flotantes. Y sucedió. Una tormenta traccionó sus costillas abriéndolas, los pulmones se ensancharon y, cuando ya no aguantó el resuello, pulsó las cuerdas vocales y abrió la boca: surgió esa voz alta, profunda y oscura. Las ondas sonoras agitaron el agua turquesa. Se

sentó en dulce recogimiento, embelesada ella con los cuerpos húmedos, encarnados ellos, como un enamoramiento.

Dirán de la niña de la casa costera, con los tendederos de ropa, algas y trapos al sol, que aprendió a cantar con las aves, pero ella sabe que fue por el cachiyuyo.

No pasaban hambre con su madre, viuda de un mapuche. El mar proveía el pescado que ella buscaba en el refugio de un viejo. Él la empujaba contra la madera de eviscerar. Después de apretarla con sus huesos, la liberaba. Rayén lo combatía, pero le daba miedo hacerlo caer. La barcaza del viejo tenía el fondo negro y pegajoso —ella lo había probado entre los dedos—. Lo llamaba betún de Judea, petróleo crudo que emanaba la tierra. Salía de una raja, en gotas, aceitoso y burbujeante. El pescador juraba que con eso también prendía fuego y que nunca diría dónde estaba el manantial.

En las noches, cuando aún dormía con su madre, las humanidades en la misma cama, las panzas llenas, el viento amainaba —de día se volaban hasta los pájaros—. Tal vez no era una vida muy linda si se la comparaba con la de otras chicas del pueblo, pero ella podía llenarse de efluvios y soltar sonidos cada vez más preciosos. Un abrazo robusto entre Rayén y el cachiyuyo.

La madre la sorprendió un domingo cuando le dijo que se iban para la iglesia. En el pueblo andaban con miedo de que las vieran rotosas o que les fuera sospechoso que vivieran en la primera línea de playa. Más que nada, pensaba Rayén, la escondía a ella. Era de la estirpe más oscura, la de su abuelo. Él había cruzado de un lado a otro de la cordillera, le decían “araucano”. Entendía que debía andar con cuidado, las gentes de la playa ya se lo

habían enseñado, cuchicheando entre familias con los ojos entrecerrados: los niños la señalaban, torcían la boca, qué asco ponerse bichos sobre el cuerpo, babosos y extraños. Descalza en el pedregullo, el vestido acordonado de algas, la cara envuelta con el pelambre negro; una criatura que los haría soñar de noche. Sobre todo, cuando escuchaban su canto: los hacía retroceder, mientras ella brillaba como una medusa atlántica.

La iglesia, construida con piedra caliza sobre la plaza, se llamaba El Faro del Mundo. Los pobladores llegaban con el suave crujido de las calles de ripio. A ellas el paisaje mismo las llevaba: subir del mar a la estepa, hasta alcanzar lo alto del pueblo.

Cuando el caos se desate, afirmaba el párroco siguiendo la predicción tallada en el frente del edificio, será aquí mismo el fin y el reinicio celeste, y en el después: “Este Faro va a esparcir su luz a centenares de millas a sus alrededores”. Dentro, la nave se fusionaba con otras leyendas y entidades espirituales. También el Cristo en la cruz competía con un Cristo “suplente” cubierto con un makuñ, que pendía del techo en un costado de la nave. El párroco pedía atención a los feligreses alzando la voz, aplaudía desde el atril y agitaba una campanilla litúrgica, siempre tomado por la urgencia, como si fuesen a encontrar, ese mismo día, el caos a la salida de misa. Y tal vez fuera así para este paraje estepario.

Se detuvieron ante la reliquia de la entrada: desde el centro de una mesa de madera sobresalía una pequeña cúpula de vidrio que guardaba una vértebra. Era de Laura, una nena de quince años. La misma edad de Rayén. ¿Por qué era una santa? No lo entendió. Dijeron que salvó a su madre del pecado. Cualquiera sabe que hay cosas que no se pueden contar, secretos que van al

entierro junto con la muerte, pero comentaban que vivieron con un estanciero y al parecer la nena se ofreció para ocupar el lugar de su madre. Fue el fin del mundo para ella. Rayén pensó en las palabras del párroco: hay tantas personas como fines del mundo, como lo fue para Laura cuando todo a su alrededor se deshizo. Algo conocía por los empujones del pescador, ¡lo que habrá sido para esa nena tan flaca que aparecía como beata! En una placa decía que rezó, rezó y murió. Y ahí se exhibía su vértebra seca, desnuda de carne. Para que le vean hasta el hueso, pensó. No se le ocurría a Rayén algo más íntimo, tan de adentro como el hueso mismo: que lo expusieran le daba mucha vergüenza. Cuando encontraba elefantes marinos inflados al sol, tardaban meses en desnudarse de la grasa.

Esa reliquia tenía un buzón y las chicas dejaban cartas, tal vez de cosas horribles que les sucedían, como a Laura. Seguro que pedían que todo terminara. Cuántas gentes, calculó, sumarían su ruego por un final. ¿Eso no andaría apurando el caos que se anunciaba en la iglesia?

El padre parecía usar un lenguaje dulce en sus misas, disimulaba el horror de estar a cargo del faro de una nave, en un mundo listo para ser engullido por las tinieblas. Su pesimismo cósmico era conocido en el pueblo. Nadie le pedía un consejo: “Lo peor —decía— está por llegar”. Por eso, lo aliviaba la ofrenda de ese día, que cantara una nena india ante la indulgencia del dios suplente, el mapuche: el espíritu de los volcanes y dueño del mar sabría qué hacer en la noche negra.

El servicio terminó con la bendición y anunció el canto. La madre la había preparado, pero Rayén no tenía sus algas y se desesperó. En sus pulmones, una reserva: exhaló el aroma de la música que era el aroma del mar. Sacó lo que retenía hasta que se pegaron sus costillas. En la primera nota de corazón, alta y oscura, las piedras del altar comenzaron a hacer ruido; vibró la iglesia de ojivas y guardas indígenas con sus doce apóstoles y doce lunas.

Luego recordaría que, además del Cristo cubierto con el poncho, en la iglesia había una Virgen alta, embarazada, abrazada en la escultura a la niña Laura. Una orquesta completa, con tantas figuras en la nave. Todos se mecieron, arrullados por su canto, como si así obtuvieran mejores sueños. Los vidrios de colores variaban luces sobre ella, tal como la apuntarían en las óperas del mundo.

Aunque envuelto en un exceso de tinieblas, el párroco confiaba en su poder de moldear profecías a corto plazo —no así con los advenimientos divinos—, y tejía acuerdos con la comunidad. Al terminar la misa, convenció a la madre de llevar a Rayén al consultorio del dentista, cruzando la calle. Las acompañó con la intención de enlazar a la joven con un empresario del espectáculo que había ido a pescar a la Patagonia. Tierras con lagunas pertenecían al dentista del pueblo. Esperaron, el cura, la madre y Rayén. A ella nunca le habían mirado la boca por dentro. Tenía el aliento de los cuerpos mucilaginosos, resumía el de los moluscos, peces y centollas que se escondían entre el cachiyuyal. Se tapó la boca cuando los hicieron pasar. Pero no la iban a revisar, como ella imaginó.

La escondieron detrás de la puerta del consultorio.

El dentista retuvo en su sillón al empresario teatral de Buenos Aires, que la escuchó cantar sin verla. El hombre enseguida proyectó ese canto operístico, un sonido irresistible, hasta el centro mismo de su escenario.

Fue una aparición.

Dio unos pasos impulsada por la madre y se acercó al señor de las comisuras enrojecidas. El dentista, el cura, inmóviles como las figuras de la iglesia. Avanzaba con sus trenzas gruesas, su belleza, los ojos firmes que no miraban los mismos futuros. ¿Dónde la llevarían?, se preguntó. No conocía teatro ni ópera, solo el mundo costero.

Desde ahora, su vida lejos de la playa “tendrá que ser su alegría”. Tomó ese desvío en trance, solo pensaba en las algas que comía, olía y vestía. De ese mañana no tenía una pista, nada en la orilla del golfo que lo predijera: no pudo leerlo en el mar que iba y venía ni en los infinitos pedregullos dispersos, menos en el viento, que parecía siempre el mismo aunque fuera uno distinto. El cura creyó que el ojo tenebrista que siempre lo vigilaba le había hecho un guiño. Nada malo podía suceder ese día.

Hacía frío en la noche, la escarcha caía antes de que las ráfagas del viento kóshkil la dispersaran al amanecer, junto con los sueños.

Durmió con su madre. Cada una con sus sentires que no iban a contarse. Miró los pechos desparramados, tuvo el impulso de recogerlos como a sus algas y sostenerlos en su boca para alimentarse. Rayén acumulaba recuerdos simples: el nacimiento de un

elefante marino; constelaciones de desperdicios en la playa. Veía los montoncitos de leña blanqueada, la planicie de la mesa con migas, las sillas y un banquito; todos los objetos eran fríos, pensó mientras abrazaba a su madre tibia: ¿qué más podía guardar para arrojarse en ese viaje solitario? No podría cantar sin el aroma de los pedacitos viscosos. Los ponía entre los dedos de los pies. Su piel húmeda en la de ella. ¿Las algas vibraban porque cantaban? Ella no sabía qué. Invitada a una ronda del cachiyuyal, se había dado la mano con una cuerda marina y, esas lenguas pardas, altas como ella, giraron juntas una tarde. Esa alianza la hizo salir a buscarlas para seguir andando. Salió de la madre a sonar su coloratura alta como la oscuridad. Ahora su voz potente la llevaría a dar vueltas alrededor del planeta, no sabía si a lugares tranquilos o agitados. Si el párroco afirmaba que todo se iba a revolver, quizá la gente y los bichos también las necesitaran. Antes de su viaje a la capital, hizo atados de cachiyuyo para migrar con ellos.

Alcanzó la gruta angosta y profunda donde guardaba de niña cositas que amaba. Volvió allí cada noche, amanecía junto con el vientazo. Embutió con fuerza cantidades de algas entre las rocas. No sabía que, cada una de esas noches, repitió lo ocurrido hace millones de años: la piedra fue el reposo de las algas. Maceradas bajo el peso de la roca, eran tiempo y ausencia de luz. El manto negro en la historia de la Tierra.

Pareció como si se hubiera ido en silencio. Fue todo lo contrario. En Buenos Aires la entrenaron en canto operístico, solfeo y piano. “Lírica, soprano oscura”, dijeron en el conservatorio. La quisieron humilde y aguantó cantando con sus chispas de alga. Cruzó la

cordillera. “Indígena”, escribieron en la prensa. Esta vez se endureció ante las bocas torcidas. Ya las había sufrido de niña. “Voy a hacer cientos de trampas”, se dijo; se deshizo el rodete y exigió ropas y vinchas y peinados de su pueblo. También, refuerzos de cachiyuyo. Un año después se despertó en una ciudad europea. Allá era un desecho, pero acá entendió que era una flor exótica.

Una mujer no puede hacer ciertas cosas con la boca, le decía la vestuarista, pero ella mascaba cachiyuyo antes de cantar. “Olor a pescado”, comentaban en los camarines. Todos esperaban “la voz del siglo”, y la voz del siglo era oceánica.

Modulaba alto y profundo, voceaba en todos lados, y no le gustaba que las coreutas perfumadas la distrajeran del aroma que vivía en la cueva de sus pulmones. Sus efluvios eran espectros marinos que ahuyentaban a los “viejos” y a otros empresarios. Rayén era una mujer lanzada desde ese antro que es la naturaleza. En los años siguientes se vio a sí misma en los distintos semblantes que iban a escucharla: despreciada y amada al mismo tiempo. Algunos, como el dentista, hubieran preferido que cantara detrás de una puerta.

En el centro del escenario del Teatro Colón de Buenos Aires estaba Rayén.

“La soprano con dominio de la coloratura, esas sucesiones de notas rápidas, ornamentadas, que solo ella puede alcanzar, llega a elevados agudos sin perder fuerza”. El empresario continuó leyéndole: “Soprano araucana, Flor de Fuego es su nombre mapudungún”.

—¡Pero en Inglaterra —le advirtió—, habrá que inclinarse ante la realeza! Entre el olor, la indisciplina y los cantos, Rayén, acá se habla de tu origen extraño, de los atuendos: “Lleva un trarilonko de plata alrededor de su cabeza y una trapelacucha que cubre su busto”.

La cantante “india” encendió con su chispa a la realeza, que la aplaudió de pie. Un fuego su canto. Pero se ahogaba. Tosió detrás del telón. Los trozos de alga se le hincharon en la garganta. Cuando volvieron a abrirlo, ella misma invocó su fin. Juntó las manos y rezó como la niña Laura, la beata; sintió algo torcido en el clamor de la gente, como si la hubiera afectado un acúfeno. Perdía su fuerza atlántica. Y su canto marino, esa música que los llevaba tan alto, volvió a sonar, era un eco retenido en la sala. El sonido se distorsionó con gritos de todo lo que muere: focas, ballenas, gaviotas, hasta el pedregullo deshaciéndose. Rayén distinguió el vaticinio del caos de boca del párroco entre el vitoreo que continuaba: “¡Flor de fuego! ¡Flor de fuego!”, como si nada ocurriera. Notó una columna de aire que había ingresado y giraba desde el suelo, les arrancó los aplausos de las manos hasta dejarlos en silencio.

Se desató la trenza sujeta con los ornamentos, revolió el pelambre negro, se dejó solo la enagua: que le vieran hasta el hueso. Desde el escenario, apuntó hacia el Faro: volvería al cachiyuyal.

Fuera del teatro, Rayén tuvo un encuentro con su vientazo. Había golpeado las puertas y sacudido las butacas del Covent Garden. Parecía buscarla desde la costa patagónica.

En lo que duró la función se había armado un huracán ultramarino junto con un baile acalorado de nubes, lluvias y marejadas. Todo ese poder se alzaba desde el mar. El viento había tomado vuelo por la ruta de las corrientes: del sur al norte, uniéndolo la Patagonia con Inglaterra, sobre esa única agua atlántica; persiguió el rastro del poblamiento colonial que guardaba la memoria oceánica. Los barcos, con los tanques llenos de aceite de ballena, ahora cargaban petróleo. Navegaban la misma ruta. Mientras cambiaban de hemisferio, algunos se resquebrajaron.

“La cantante india se cansó de brillar”, le dijo al empresario. Se le aclararon los ojos cuando por fin el hombre aflojó los hombros luego de haber desbordado su enojo sobre ella. Rayén soltó el aliento desde las branquias: le habían crecido para seguir respirando, para seguir viva, quizás, para el “después”.

La naturaleza atlántica sur también se había desordenado antes de que Rayén volviera. Una decena de gigantes del agua se habían quedado varados frente a la costa patagónica, a la espera de que el huracán se disolviera al tocar tierra. El megapuerto petrolero —en los años en que Rayén estuvo afuera— ocupó la primera línea de playa. Sin dejar ni un rastro de su casa. Cuando los trabajadores observaron el horizonte excéntrico, el viento ya moldeaba su fuerza en un abrazo: sujetó uno de los buques y lo hundió en el pedregullo. Vieron cómo se extendió tras de sí un manto negro como un techo corredizo. Las criaturas lo notaron desde abajo con sus ojos combados: el día se oscureció. El negro manto se subió al lomo ondulante del océano. Llegó la noche con la fuerza gravitacional de la luna: la sustancia captó su reflejo y trepó por la costa hasta sombrear el borde de la gruta de Rayén. Los

cachiyuyos se ataron entre sí con sus sogas marinas y se alejaron por miles de kilómetros rediseñando rutas; también las ballenas.

Una chispa de fuego encendió el derrame que parece no apagarse. Las llamas corretean. No hay más un suelo desde donde proyectar los sueños, siquiera estar fuera, de pie, descalza. Por eso Rayén anhela ir a buscar los cuerpos gelatinosos, húmedos y fríos. Bajo sus pies —protegidos con retazos de goma vulcanizada— todo es negro y ardiente, y en cada escama inflamable ella cuenta los ruegos de las gentes por el final. Ennegrecen la playa y los ánimos.

Va hasta la caseta del viejo pescador. Encuentra la barcaza de madera con el fondo negro y pegajoso, la mesa para limpiar pescado, unos trapos de arpillera. Algún tacho donde guardaba el betún que surgía, según le explicó, de un enterramiento bajo las piedras. Le decía: “Acercate a ver el bicho que le llevás a tu madre”, y se apoyaba, solo sentía en la espalda las salientes de sus caderas. Merodea buscando aquella surgente. Alcanza la plataforma ignífuga, circula por el gasoducto que disturba la playa hasta la estepa. La enorme boca del “ducto del Diablo” está taponada, bien asegurada, para que las llamas no ingresen al tubo y vuele todo por los aires en el otro extremo. Los trabajadores dejaron, al irse picando en sus camionetas, un olor acre del desgaste de los motores. Lejos de allí, los hombres de negocios ya piensan en irse a dormir. La luz de la tarde enloquece sobre el océano; la espuma, teñida, y las playas negras como arena volcánica, ¿qué más puede hacerse?, se pregunta Rayén.

Cuando llega a la entrada de su gruta, es la hora en que el viento amaina —aunque vaya a volver— y el aire se pone transparente.

Rasca de la piedra un cuerpito pardo, fino como un papel. Al fondo, las que había embutido al irse, la roca madre había comenzado a macerarlas. Una vez dentro, agachada para alcanzarlas, toca con el dedo unas gotas pesadas. Es petróleo a medio formar. Secretamente, siente que ya no son ellas, pero sí su energía. Las había dejado en su casa natural. A cambio, ni a la roca ni a ningún bicho ni a Rayén misma les gusta que ese betún ande afuera. Junta baba y escupe sobre el alga seca. Espera que se hinche. Desde la palma, su olor húmedo. Es un sueño fresco, la noche, más amable, más calma. Lo traga.

Algunos partieron y otros se quedaron quietos. El párroco es una manzana que quedó al aire. Rayén lo encuentra amarronado a pesar de ser tan blanco. No se ha movido de su iglesia en lo alto del pueblo. Y las iglesias —con tanta fantasía dentro— pueden enloquecer a cualquiera. Cree que el porvenir dio comienzo. Su pesimismo cósmico lo ha envalentonado, se arregla mejor con lo oscuro que con el encargo de iluminar el después.

En esos años en que Rayén anduvo por Inglaterra y otros países de Europa, al cura se le revolvió en la cabeza tanto simbolismo cruzado: los indígenas y los europeos; los políticos y los esotéricos; los ancestrales y los nuevos técnicos que trajeron sus propias señas; como si allí, en su iglesia, se mezclaran distintos materiales para preparar algo extraño. El confesionario fue una tormenta de vientos australes. Pero él no iba a excusar a nadie.

“Es la negrura, un exceso de tiniebla —dice el párroco—, es la vía negativa que han tomado las gentes. Van a caer desde lo alto de sus proyectos sobre esta parrilla”.

—Rayén, vos sabés que este negromanto es desecho de tus algas antiguas, tus muertitas en entierro —el párroco le habla como a una nena—. Vive en las venerables rocas, está allí desde la arqueotierra. No es malo, Rayén, solo es negro. Aunque sea el color del duelo, de la noche y del bosque de los miedos. El negro de lo negro está antes del universo. Ahora... —anuncia, pero luego se queda callado. Mira al pizarrón del cielo y retoma—: el negromanto enloqueció la razón.

Le abre el puño profundo como un cuenco.

—Tus algas, Rayén, son el Después.

El párroco se sirve un trozo, comienza a mascarlos. Se siente débil y tiembla. No usa hábitos, se abriga con suéteres de lana con guardas. Rayén acepta un poncho para abrigarse en esta nave fría y poblada de figuras.

—¡Todas esas bestias ya se fueron! —grita de pronto el párroco a unos acólitos inexistentes desde el púlpito al que se ha desplazado. Está dando vueltas por los pasillos de su mente, arrastra algo pesado, se dobla primero sobre el atril sujetándose la cabeza para luego levantarla.

—Oigo los ruegos tanáticos de los hombres.

Rayén lo ve con el cuello torcido, como si esperara una respuesta del Cristo mapuche, el suplente, que cuelga a un lado de la nave.

—Me acerco a la playa en las sombras. El cosmos se une con la negrura del petróleo, Rayén, y me envuelve una ausencia. ¿Dónde se retiró el color del océano?

Rayén mira la banda de figuras que alguna vez creyó su orquesta. Ella prefiere la luz, ama el resplandor que la distinguió

de quienes fueron su público. Está sola, sus únicos lazos familiares fueron nudos duros e intransigentes —la madre que murió, y el cachiuyo—, las sogas de mar que unidas son fuertes, no sabe por qué lugares atlánticos andan.

Lo arrastra de un brazo fuera de la iglesia, el cura insiste en apretar los ojos, en el pesimismo de sus retinas; lo lleva; él insiste en la negrura. No están tan lejos de la costa.

—No hay nada más que ver. —Lo engullen las tinieblas, olvida el Faro.

Expuestos al aire frío, masticando algas, recobran fuerzas. La incandescencia se ha apagado. Ven el mantonegro oscilando en la playa en un baile denso y viscoso. Por un momento, Rayén acompaña con una cadencia llorosa, con la que se acompaña a los muertos. No tiene más que su canto para cerrar el ojo tenebrista del párroco. Se expanden sus branquias y exhala una nota de corazón marino. Canta Rayén, “Flor de Fuego”, la “Soprano araucana”.

Un hilo primero, y luego un riacho del negromanto, comienza a ascender hacia ella desde la costa. Un olor acre —como de diablo, dice el cura— les revuelve el estómago. Cuando deja de cantar, el flujo viscoso se detiene.

Retoma con *La flauta mágica*, donde fue La Reina de la Noche, manotea de su crónica sonora, prueba. Como en la ópera, alcanza su coloratura de soprano. El manto serpentea, encuentra la boca de la surgente y se derrama por la “trampa inclinada” del viejo pescador. Se interna a través de los pliegues de las piedras: vuelve a la ausencia de luz, al tiempo de la madre roca.

Rayén no deja de cantar, ahora canciones de su infancia. Se le hace cierto: el negromanto de alga estuvo vivo, nomás es antiguo. A sus vocales líricas se suman la corneta y el kultrung y suena la reliquia: la osamenta de la niña.

Canta alto y oscuro, por arriba de lo humano, por debajo de lo humano.

Desde la marejada, las rondas de cachiyuyo vienen arreando a sus muertitas hacia el interior de la piedra.

El cura ¿está bailando?

*Con la razón oscurecida,
negro sobre negro.*

*Se abre
el ojo de la Tierra.*

Se traga la noche excesiva de los hombres.

Epílogo

“No se puede comer el dinero”. Notas para un futuro anticapitalista

Valeria Meiller

La exhortación “*Drill, baby, drill!*” condensa, sintética y efectiva, el horizonte propositivo del presente. La acuñó el Partido Republicano estadounidense para resumir su política energética, y se viralizó durante la segunda campaña presidencial de Donald Trump. La promesa de maximizar la producción de hidrocarburos del país se comunicó sin metáforas: consistía, literalmente, en hacer temblar la tierra. Y así fue: en su primer día de mandato, en enero de 2025, Trump declaró una emergencia energética que revertía los esfuerzos de la administración demócrata de Joe Biden (2021-2025) por avanzar en el suministro de energías renovables. Aunque ciertas medidas nacionales pueden pasar desapercibidas en el ámbito global, el tembladeral geopolítico que generó esta orden ejecutiva no lo fue. En enero de 2026, en una intervención ilegal desde la perspectiva del derecho internacional, Trump secuestró al presidente de Venezuela: entre los motivos estaba la intención, para nada solapada, de reactivar la infraestructura petrolera venezolana en beneficio de Estados Unidos. En febrero

y en colaboración con Israel, se embarcó en un conflicto armado con Irán, en el que el principal punto de disputa es el pasaje de barcos petroleros por el estrecho de Ormuz.

Como es evidente, el intervencionismo estadounidense en Latinoamérica y en Medio Oriente tiene un hilo común. Según las estadísticas de 2025, Venezuela ocupa el primer lugar e Irán el tercero en la lista de países con mayores reservas petrolíferas del mundo (“Oil Reserves by Country”). Lo que estas ofensivas ponen de manifiesto no es otra cosa que el intento de convertir a estas naciones petroleras en lo que Macarena Gómez-Barris entiende como “zonas extractivas”: territorios donde el capitalismo racial reorganiza violentamente la vida y la tierra para remover recursos sin consentimiento. En el último año, desestabilizar regiones enteras con el fin de controlar el mercado internacional de hidrocarburos y arbitrar los términos de su circulación se ha convertido en la estrategia natural del trumpismo.

Pero si bien la crisis inminente de la economía fósil parece haber avivado el belicismo estadounidense, su intervencionismo petrolero es una realidad de larga data en regiones ricas en hidrocarburos. Sin ir más lejos, el descubrimiento de Vaca Muerta es imposible de desagregar de este proyecto extractivo. Fue en pleno boom del fordismo que el geólogo estadounidense Charles E. Weaver reconoció esta formación y la nombró por primera vez en una monografía titulada *Paleontology of the Jurassic and Cretaceous of Western Central Argentina* (Paleontología del Jurásico y el Cretáceo en el centro-este argentino). Entre 1922 y 1925, Weaver realizó una serie de expediciones a partes de las

provincias de Mendoza, Neuquén, Río Negro y La Pampa, en las que desarrolló detallados mapas litográficos y recolectó información geológica inédita. Lo acompañaban cuatro asistentes de la Universidad de Washington, Seattle, donde fue profesor hasta su retiro. Es allí, en el museo de geología de la universidad, donde permanecen hasta el día de hoy todos los fósiles que se llevó consigo de la Patagonia, muchos de los cuales pertenecen a tipologías que nunca habían sido recabadas hasta entonces y que proveyeron información estratigráfica clave para el reconocimiento del terreno. Aunque tal vez sus intereses por el tiempo geológico fueran independientes de la demanda petrolera que produjo la masificación de los automóviles, su financiamiento —como el de la mayoría de los geólogos de la época— no lo era. Las tres largas estancias que Weaver y sus asistentes realizaron en Argentina fueron financiadas por la Standard Oil Company de California, una petrolera californiana que, hoy conocida como Chevron, continúa operando como una de las compañías energéticas más poderosas del mundo.

Esta compañía y sus muchas subsidiarias tuvieron una gran incidencia en la política latinoamericana de comienzos del siglo xx. Fue una de sus filiales con base en Bolivia la responsable de manufacturar, junto a la Royal Dutch Shell, la guerra del Gran Chaco (1932-1935). Este conflicto bélico, el más grande de América del Sur de todo el siglo, enfrentó a las naciones de Paraguay y Bolivia en una guerra que operó en gran medida como una estrategia de estas compañías extranjeras para asegurar su acceso a los pozos petroleros. El escritor paraguayo Augusto Roa Bastos, que

estuvo en el frente de batalla como enfermero voluntario, plasmó el horror que se vivió en el Chaco Boreal en *Hijo de hombre* (1960). Su novela es uno de los testimonios más desgarradores de cómo un pueblo campesino e indígena se convirtió en la carne de cañón del oro negro. En *Canto general* (1950), el poeta chileno Pablo Neruda también dedica uno de sus poemas a denunciar el costo del imperialismo petrolero en la región. En el poema titulado “Standard Oil Co.”, Neruda describe, entre otras cosas, cómo los “obesos emperadores” y “sonrientes asesinos” que viven en Nueva York “compran países, pueblos, mares” para asegurar sus empresas hidrocarburíferas. Considerando que el ahora presidente de Estados Unidos es, ante todo, un magnate neoyorquino rechoncho, las palabras de Neruda adquieren un carácter casi oracular. O peor aún: aparecen como una advertencia remanida mientras las exactas imágenes de un poema de mediados del siglo xx se repiten como parodia en la realidad del siglo xxi.

En las últimas décadas, Vaca Muerta se ha instalado en el centro de la polémica medioambiental por motivo del *fracking*. Esta técnica de extracción de gas y petróleo consiste en utilizar una mezcla de agua, arena y químicos que, inyectada a alta presión en formaciones rocosas a miles de metros de profundidad, permite fracturarlas para extraer los hidrocarburos que se almacenan en ellas. También conocido como fracturación hidráulica en español, el *fracking* produce un costo medioambiental alarmante, que incluye “el consumo masivo de agua, la contaminación irreversible de fuentes hídricas subterráneas y superficiales, la liberación de potentes gases de efecto invernadero como el metano

y la generación de graves riesgos para la salud pública” (Gómez-Barris). En Vaca Muerta, las primeras perforaciones de este tipo comenzaron a principios de la década de 2010, consolidándose definitivamente a través del decreto de Soberanía Hidrocarburífera firmado por la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015). Este decreto, que flexibilizaba la extracción de hidrocarburos mediante técnicas de estimulación no convencionales (“Soberanía Hidrocarburífera”), fue uno de los principales incentivos para el acuerdo que se firmó entre YPF y Chevron —la misma compañía que orquestó el descubrimiento de la formación de Vaca Muerta en la década del veinte— para la explotación no convencional del bloque Loma Campana, ubicado dentro de la formación de Vaca Muerta. A partir de aquella alianza, en la que Chevron ofició como el actor inversor e YPF como el concesionario estatal oficial, el *fracking* en Vaca Muerta se ha convertido en una máquina de destrucción monstruosa.

En ciudades como Añelo, que se encuentra en el epicentro fósil de la provincia de Neuquén, las consecuencias de la fractura hidráulica afectan desproporcionadamente a las comunidades mapuches y campesinas de la zona. De esta manera, el *fracking* no solo presenta nuevos desafíos ambientales sino que también reactualiza la disputa colonial que enfrenta a los pueblos originarios con el Estado argentino por la soberanía de la tierra. La infraestructura del *fracking* no puede divorciarse ni histórica ni materialmente del traumático anexamiento de Puelmapu al Estado argentino durante los siglos XVIII y XIX. Puelmapu, que en la lengua mapudungún significa “tierra del este”, y Ngulumapu, que

significa “tierra del oeste”, corresponden a los territorios que, antes de la ocupación de los Estados argentino y chileno, respectivamente, formaban parte de Wallmapu, la nación mapuche que se extendía desde el océano Pacífico hasta el Atlántico.

Decimados por los procesos de desposesión territorial y genocidio de la Campaña del Desierto, en Argentina, y de la Pacificación de la Araucanía, en Chile, los ciudadanos del pueblo mapuche fueron desplazados forzosamente de sus territorios ancestrales o confinados a vivir en reservas que corresponden, en general, a las secciones más áridas de sus territorios. Estas reducciones, que han sido renombradas como “lof” (territorio comunitario) por los ciudadanos mapuches para reclamar su soberanía territorial, hoy en día son asediadas por el avance de una nueva frontera extractiva, los hidrocarburos. Así como antes la campaña militar del general Julio A. Roca desposeyó y renombró a la nación mapuche dentro de los límites del Estado nación, el *fracking* también invade, devastándolos, los últimos territorios soberanos de las comunidades mapuches de la actualidad. Desde el año 2019, el pueblo mapuche viene denunciando en la justicia —así como también en el ámbito público— la crisis hídrica, los movimientos sísmicos, los residuos tóxicos y las enfermedades que está produciendo la explotación no convencional de hidrocarburos del megaproyecto Vaca Muerta (Navarro).

En un informe público emitido por la Confederación Mapuche de Neuquén, los ciudadanos de Puelmapu reportaron que “las principales figuras del gobierno nacional, como Patricia Bullrich o el exvocero presidencial Manuel Adorni, en ejercicio de sus cargos

públicos se han referido al pueblo mapuche como ‘terrorista’ (“Informe”). “Terrorista”, no lo olvidemos, es el término que la última dictadura cívico-militar utilizó como arma de guerra para justificar la desaparición de 30.000 personas, y que recientemente se formalizó en el Código Penal bajo la “Ley Antiterrorista” del año 2007, agravando las penas para los delitos cometidos bajo esta categoría. Es importante no perder de vista esta ni otras estrategias retóricas que la coalición de ultraderecha liderada por el actual presidente Javier Milei (2023-) está utilizando para beneficiar la libre explotación de los recursos del país, y dentro de las cuales, en el último tiempo, no podemos dejar de considerar la puja por flexibilizar la Ley de Glaciares. Es cierto: la crisis socioambiental producida por el *fracking* afecta a todos. Pero, así como las agresivas estrategias intervencionistas de Estados Unidos impactan específicamente a países del sur global, la injusticia medioambiental que producen los hidrocarburos impacta desproporcionadamente a las comunidades indígenas de la Patagonia. Son mapuches los doce imputados de Campo Maripe por bloquear el acceso a una cantera para defender su territorio comunitario (García Pastormerlo); pertenecen al Consejo Zonal Xawvn Ko los integrantes de la Confederación Mapuche de Neuquén que se quedan sin agua para el consumo porque los manguerones se llevan litros y litros sin permiso para ser utilizados en la perforación (Bedía Prado); y son indígenas también los ciudadanos que soportan continuas explosiones que contaminan el aire de sus reservas volviéndolas progresivamente más desérticas (Goñi).

Reconocer las injusticias medioambientales del *fracking* en las comunidades indígenas y rurales que viven dentro de las fronteras del Estado nación es un primer paso necesario para reenmarcar la discusión sobre hidrocarburos en Argentina. Asumir el racismo estructural que atraviesa a toda la sociedad argentina —reconociendo que el proyecto de la nación, tanto desde la izquierda como desde la derecha, se orquesta sobre un territorio saqueado— es, inevitablemente, el segundo. Sin embargo, el tercer paso es tal vez el más difícil: requiere aceptar que la única estrategia viable para hacer frente a la crisis de derechos humanos y de justicia medioambiental del presente consiste en desescalar radicalmente la economía. A diferencia de lo que proponen muchos capitalismo verde —como el proyecto de transición energética de Joe Biden—, el futuro no depende de construir un nuevo extractivismo basado en la explotación de recursos renovables sino de reducir el extractivismo en su totalidad. Y de que este compromiso, como arguye el principio de responsabilidad medioambiental del Common But Differentiated Responsibilities (Responsabilidades Comunes pero Diferenciadas) [CBDR-RC], demande que los países desarrollados asuman responsabilidades acordes a su responsabilidad histórica en provocar la crisis climática.

La extracción de minerales críticos como el litio es clave para la transición energética. Sin embargo, su extracción, al igual que la de los hidrocarburos, implica altos costos socioambientales y reaviva antiguas lógicas coloniales. Para comprobarlo, basta con asomarse al otro lado de la cordillera y mirar el desierto de Atacama, donde la extracción del litio nos ofrece una lección difícil

de digerir. En Atacama, bajo la engañosa noción del “desierto”, las estrategias retóricas en torno a la extracción de litio reactualizan las narrativas escritas por los cronistas de la colonia. Si, en 1540, el historiador español Jerónimo de Vivar llamó a Atacama “el gran despoblado” (Riofrancos), la narrativa de la *terra nullius* se sigue actualizando hoy en día para favorecer la extracción del litio. Las soluciones más prometedoras de la transición energética —paneles solares, turbinas eólicas, autos eléctricos— requieren de la minería de metales no convencionales. El oxímoron es que “el capitalismo verde” no es ecológicamente sustentable, sino que implica la emergencia de un nuevo tipo de extractivismo que recrea las mismas dinámicas coloniales e injusticias geopolíticas del pasado.

Es aquí donde la literatura entra en acción: allí donde tanto el Estado como los organismos internacionales fallan en legislar las condiciones necesarias para asegurar el futuro, la literatura viene a llenar un vacío discursivo construyendo futuridad con su propio lenguaje. En su libro *The Great Derangement (El gran delirio)*, de 2016, el escritor bengalí Amitav Ghosh formula que el cambio climático global no solo ha producido una crisis en el sentido más palpable del término, sino que además acarrea consigo una crisis de la imaginación. El cariz catastrófico de los eventos climáticos extremos del presente parece tan improbable para el sentido común que su falta de realismo produce, a su vez, una crisis de paradigma en los modos de representación de esa realidad. Tal vez esto, en un sentido, no sea completamente nuevo para las regiones que tendemos a englobar como “periferia” global. Las

naciones entendidas dentro de la categoría de “sur global” siempre han tenido que ingeniárselas para imaginar coordenadas de representación que difieran de las representaciones eurooccidentales. En Latinoamérica, tal vez el ejemplo más claro es el del realismo mágico, cuya conceptualización no reside en entregarse a lo fantástico sino, más bien, en ese capturar un exceso de realidad que desafía las realidades hegemónicas de la modernidad y las desajusta.

Nuestro ingreso al Antropoceno, esta nueva era geológica caracterizada por la intervención humana en la composición de la tierra, está marcado por las mutaciones monstruosas y radicalmente extraordinarias que produce la crisis climática. Pero esta crisis es imposible de desagregar de las historias de desigualdad, pobreza e injusticia social, que la crisis refuerza más que nunca. En este contexto, “la gran, irremplazable, potencia de la ficción es que vuelve posible imaginar posibilidades” (Ghosh). Un futuro más allá del capitalismo fósil y del capitalismo verde, un más allá, me permito soñar, del capitalismo como el único modelo posible.

Me gusta pensar que esta formulación reverbera en las retóricas de PROYECTO ECO ECO, cuya misión se centra, en sus propias palabras, en fomentar “las manifestaciones artísticas que narran los impactos de la crisis planetaria y proyectan una visión alternativa de futuro”. Desde la geografía particular de Puelmapu, los periodistas Marina Aizen y Pablo Schanton dieron comienzo a esta iniciativa de Periodistas por el Planeta para acompañar procesos artísticos que pusieran el foco en los hidrocarburos y, en particular, en el avance de la frontera extractiva de Vaca Muerta.

Su primer proyecto fue la organización de una serie de concursos literarios, musicales, de humor gráfico y de fotocrónica, que tuvieron lugar entre los años 2023 y 2025. Esta instancia tenía el objetivo de recabar los discursos que estaban circulando en torno a la producción de hidrocarburos y darles visibilidad. A ese proyecto le siguió la creación de *Geonnitus*, un concierto audiovisual sobre *fracking* creado por Javier Areal Vélez, Cecilia Castro, Florencia Curci, Julián D'Angiolillo y Leonello Zambón. Tratando de trazar líneas de continuidad entre lo geológico y lo humano, los artistas acuñaron el nombre “geonnitus” uniendo el prefijo griego “geo” para referirse a la Tierra y la palabra “tinnitus” que describe el síntoma de percibir un zumbido en el oído humano. Con este neologismo explicitaron, de manera ineludible, los síntomas del *fracking* sobre nuestro planeta: un zumbido, un ruido sísmico, un dolor que, a su vez, nos acerca a la proposición de que el planeta, como nosotros, también es un ser animado.

En esta segunda iteración, Proyecto ECO ECO invitó a un grupo de escritores argentinos establecidos a realizar una expedición a Vaca Muerta. ¿Qué imaginarían al encontrarse ellos con la intemperie del ruido infernal que enferma al territorio, con las casas ajadas por los sismos, con el viento arenoso que levantan los camiones y las grúas en el paisaje? Este libro es la respuesta a esas y otras preguntas que habrán aparecido para ellos al enfrentarse a la realidad desolada del *fracking*. Ahora, al leer los cuentos que componen *Frackibacter vaccamortensis. Ficciones sobre el petróleo*, se hace patente la necesidad de encontrar estrategias narrativas inéditas para metabolizar un territorio que parece, también,

inédito. Para idear su propia lógica propositiva, los escritores aquí reunidos apelan a perspectivas feministas (Borrelli Azara y Cabezón Cámara), posthumanas (Etchebarne y Nieva) e indígenas (Aboaf). Es decir, nos muestran el territorio desde visiones a menudo invisibilizadas por el capitalismo racial y patriarcal cuya lógica rige la administración de la tierra sobre la que se encuentra el megaproyecto Vaca Muerta.

Si es cierto que, como escribe Graciela Speranza, en la política, la economía e incluso las ciencias sociales “reina un realismo craso, incapaz de imaginar el futuro”, es tal vez el arte el que pueda ofrecer “una lente privilegiada para cambiar la escala y recalibrar nuestro lugar en el planeta” (Speranza). Las páginas de este libro ofrecen diferentes puntos de entrada que cumplen con esa función al mostrarnos escalas no humanas que van desde los organismos unicelulares hasta el espacio exterior. Así nos obligan a calibrar la lente más allá del antropocentrismo eurooccidental que organiza las jerarquías de lo viviente. En “El camino del oleoducto”, la prosa urgente de Gabriela Cabezón Cámara discurre estrepitosa por las venas de los oleoductos: los ve configurar una zona de sacrificio donde tanto la vida humana como no humana son obligadas a ceder para abrirle paso al petróleo. A Magalí Etchebarne la guía el universo alucinado de la poeta uruguaya Marosa di Giorgio, desde un epígrafe que dice “todo era real e irreal como es siempre en la vida”. Siguiendo esa premisa, su cuento “La parición” nos recibe en la intemperie porosa de un paisaje donde los límites entre lo humano y lo animal se desdibujan. El cuento de ciencia ficción “El manfloro”, de Michel Nieva,

está contado desde la perspectiva de una bacteria llamada *Frac-kibacter vaccamortensis*, un “microorganismo extremófilo” cuya “adaptación excepcional” a la contaminación del fracking vaticina una posible utopía en el desierto de Vaca Muerta. Por su parte, en el pasaje sísmico del cuento “Tembló”, Gabriela Borrelli Azara se interna en un “lado b” de los ecosistemas petroleros que se discute poco: las dinámicas de una economía sexual que involucra a los hombres que pasan largas estancias en los pozos y a las mujeres locales. En resistencia, Borrelli Azara nos redime con la posibilidad de la ternura. Finalmente, en “La canción humana”, Claudia Aboaf visibiliza un territorio sincrético, donde el catolicismo colonial y la cosmovisión mapuche arman un contrapunto transculturado desde el cual repensar la costa patagónica. ¿Qué reflejo se capta, qué derrame, de quién son los instrumentos y quién tiene la voz?

Desde perspectivas diversas y géneros diferentes, los cuentos breves de esta antología intentan empujar las posibilidades narrativas, o bien por vías que escapan al realismo, o bien por vías que lo empujan a un límite donde ya no queda más para decir. O por una vía o por la otra, lo que nos dejan en claro es que el sofoco de ese enclave distópico tiene, inevitablemente, que colapsar para que aparezca otra cosa. Si los humanos serán parte o no de ese futuro es lo que queda por dirimir.

En *A vida não é útil* (*La vida no es útil*), de 2020, el Krenak recupera algo que bien podría pensarse como el contraproverbio del proyecto extractivo de Donald Trump. Se trata de las palabras de un ciudadano lakota, una nación indígena de la isla Tortuga

—dentro de lo que hoy se conoce como Estados Unidos—, llamado Wakya Un Menee. Krenak nos cuenta que Menee solía decir, repitiendo las palabras de uno de sus ancestros: “solo cuando quede el último pez en el agua y el último árbol sea removido de la Tierra, el hombre comprenderá que no puede comerse su dinero”. La alternativa a que la especie humana se encuentre, más tarde o más temprano, con ese escenario consiste en aceptar la premisa cosmológica defendida por los pueblos originarios de Abiyala —el nombre con el que los ciudadanos indígenas y sus aliados reconocen el territorio de las Américas— de que el planeta está, también, vivo. Esta premisa requiere una reformulación revolucionaria de los paradigmas de relacionamiento del presente hacia un sistema de buenas relaciones. Comenzar a actuar en consecuencia con este postulado significa desbaratar los ordenamientos de lo viviente y lo no viviente, de lo humano y de lo no humano, de las temporalidades que separan lo histórico de lo geológico. Si lo que el arte ve, si lo que la ficción y la poesía revelan, si algo de todo eso que consideramos bajo la categoría englobante de “expresiones artísticas” puede orientarnos en esa dirección, entonces nadie debería dudar de leer estas páginas.

Valeria Meiller
Stony Brook University

Bibliografía

- Bedía Prado, Javier. “Argentina: mapuches en resistencia contra fracking en la Patagonia”, *Avispa Midia*, 18 de agosto de 2025. <https://avispa.org/argentina-mapuches-en-resistencia-contra-fracking-en-la-patagonia/>. Consultado el 13 de mayo de 2026.
- Cabrapan Duarte, Melisa. “‘Ahora le llaman Vaca Muerta’: fracking y resistencias de la vida cotidiana en territorio mapuche”, *Climate Tracker*, 10 de mayo de 2023. <https://climatetrackerlatam.org/historias/ahora-le-llaman-vaca-muerta/>. Consultado el 9 de mayo de 2023.
- Cabrapan Duarte, Melisa. “Fracking y sismos: la vida cotidiana en territorio mapuche en Vaca Muerta”, *Somos el Cambio*, 10 de junio de 2024. <https://cambio.com.co/articulo/fracking-y-sismos-la-vida-cotidiana-en-territorio-mapuche-en-vaca-muerta/>. Consultado el 12 de mayo de 2026.
- Confederación Mapuche de Neuquén, Personería Jurídica No. 360/76, Neuquén-Puel Mapu-Argentina. “Informe sobre el derecho a la consulta en Argentina-Pueblo Mapuche”. <https://www.ohchr.org/sites/default/files/documents/cfi-subm/free-prior-informed-consent/subm-indigenous-free-prior-indi-peop-65-confederacion-mapuce-neuquen.pdf>. Consultado el 11 de mayo de 2026.
- García Pastormerlo, Paz. “Imputaron a doce miembros de la comunidad mapuche por haber bloqueado una cantera en Vaca Muerta”, *La Nación*, 6 de mayo de 2026. <https://www.lanacion.com.ar/politica/imputaron-a-doce-miembros-de-la-comuni->

- dad-mapuche-por-haber-bloqueado-una-cantera-en-vaca-muerta-nido6052026/. Consultado el 12 de mayo de 2026.
- Ghosh, Amitav. *The Great Derangement: Climate Change and the Unthinkable*, Chicago University Press, 2016.
- Gómez-Barris, Macarena. *The Extractive Zone: Social Ecologies and Decolonial Perspectives*, Duke University Press, 2017.
- Goñi, Uki. “Indigenous Mapuche pay high price for Argentina’s fracking dream”, *The Guardian*, 14 de octubre de 2019. <https://www.theguardian.com/environment/2019/oct/14/indigenous-mapuche-argentina-fracking-communities>. Consultado el 12 de mayo de 2026.
- Gómez, Janet. “¿Qué es el fracking y por qué es dañino para el medio ambiente?”, *Greenpeace*, 20 de octubre de 2025. <https://www.greenpeace.org/mexico/blog/61458/fracking-danino-cambio-climatico/>. Consultado el 12 de mayo 2026.
- Krenak, Ailton. *A vida não é útil*, Companhia das Letras, 2020.
- Navarro F., Santiago. “Prometieron sacar de la pobreza a Argentina con el fracking; ahora son más pobres”, *Avispa Midia*, 5 de abril de 2023. <https://avispa.org/prometieron-sacar-de-la-pobreza-a-argentina-con-el-fracking-ahora-son-mas-pobres/>. Consultado el 11 de mayo de 2026.
- Neruda, Pablo [1950]. “Standard Oil Co.”, *Canto General*, Ediciones Cátedra, 2024, p. 341.
- Proyecto ECO ECO. “¿Quiénes somos?”. <https://proyectoecoeco.com/quienes-somos>. Consultado el 3 de mayo de 2026.
- Riofrancos, Thea. *Extraction: The Frontiers of Green Capitalism*, Norton, 2025.

- Roa Bastos, Augusto. *Hijo de hombre*, Losada, 1960.
- “Soberanía Hidrocarburífera. Decreto 929/2013”, Información Legislativa: Ministerio de Justicia de la Nación. <https://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/215000-219999/217314/norma.htm>. Consultado el 2 de mayo de 2026.
- Speranza, Graciela. *Lo que el arte ve, lo que nosotros no vemos*, Anagrama, 2022.
- VV. AA. *Antes de que se pierda el azul del mundo*, PROYECTO ECO ECO, 2023.
- Weaver, Charles E. *Paleontology of the Jurassic and Cretaceous of West Central Argentina*, University of Washington Press, 1931.

Autoras y autor (por orden alfabético)

Claudia Aboaf es una escritora y periodista argentina. Su obra narrativa explora los vínculos entre naturaleza, tecnología, memoria y territorio, con especial atención a los paisajes fluviales y las transformaciones ambientales contemporáneas. Publicó las novelas *Pichonas* (2014), *El rey del agua* (2016), *Trilogía del agua* (2024) y *Geología de un planeta desierto* (2025) además de cuentos y crónicas en diversos medios culturales y literarios. Su obra recibió reconocimientos nacionales e internacionales y ha sido traducida a distintos idiomas. También se desempeña como docente y participa activamente en proyectos vinculados con la ecología, la literatura y el pensamiento ambiental contemporáneo.

Gabriela Borrelli Azara nació en Monte Grande en 1980, y en un impreciso año decidió afincarse en la Ciudad de Buenos Aires. Publicó *Océano* (2015), *Lecturas feministas I y II* (2018, 2021), *Vidrio* (2020), *Hamaca paraguaya* (2019), *Holter* (2021), *Cartas a jóvenes poetas* (2023), *La pura calma y Aquí, Argentina. Crueldades, política y mariconerías* (2024), y *Montevideo 1938. El verano interminable* (2026). Ferviente lectora, es uno de sus placeres la

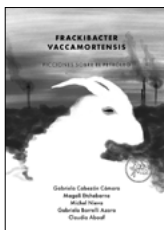
divulgación de la poesía. Navegante de la nocturnidad porteña, se caracteriza por animar diversos eventos y enfrascarse en aca-lorados, cuando no divertidos, debates culturales. En una época recorría las calles de la ciudad en moto, pero dejó de hacerlo. Lo que persiste, además de su fascinación por la literatura, es el gusto por el simbolismo de ciertos objetos. Es conductora de radio y, en condición de tal, participó en diversos programas radiales compartidos, entre otros, con Héctor Larrea y Tom Lupo.

Gabriela Cabezón Cámara publicó, entre otros títulos, *La Virgen Cabeza* (2009), *Le viste la cara a Dios* (2011), *Romance de la Negra Rubia* (2014), *Las aventuras de la China Iron* (2017) y *Las niñas del naranjel* (2023). *Las aventuras de la China Iron* fue finalista del International Booker Prize y del Prix Médicis étranger. Por *Las niñas del naranjel* recibió el Premio Ciutat de Barcelona, el Fundación Medifé Filba, el Perfil a Mejor Obra de Ficción y el Sor Juana Inés de la Cruz 2024. En 2025, la traducción inglesa de esta novela obtuvo el National Book Award en la categoría de literatura traducida.

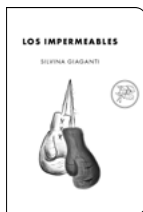
Magalí Etchebarne nació en Argentina en 1983. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires y trabaja como editora. Publicó el libro de cuentos *Los mejores días* (2017), editado en Argentina y en España, y el libro de poemas *Cómo cocinar un lobo* (2023), traducido al portugués. En 2024 ganó el VIII Premio Ribera del Duero de Narrativa Breve por el libro de cuentos *La vida por delante*, editado en España, Argentina, Uruguay, Colombia y México.

Michel Nieva nació en Buenos Aires en 1988. Publicó las novelas *¿Sueñan los gauchoideos con ñandúes eléctricos?* (2013), *Ascenso y apogeo del Imperio Argentino* (2018) —ambas compiladas en *Ficciones Gauchopunks* (2025)— y *La infancia del mundo* (2023); y los libros de ensayo *Tecnología y barbarie* (2020) y *Ciencia ficción capitalista* (2024). Fue traducido a más de diez lenguas y recibió entre otros premios el O. Henry Award. Estudió Filosofía en la Universidad de Buenos Aires y actualmente es profesor en la Universidad de Nueva York.

LIBROS DE TENEMOS LAS MÁQUINAS



*Frackibacter
vaccamortensis*
AA. VV.
2026



Los impermeables
Silvina Giaganti
2026



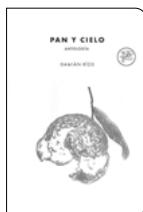
*Literatura,
saber y deseo*
AA. VV.
2026



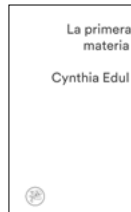
Parar la oreja
Gabriel Giorgi
2025



*Sala de
máquinas*
Miguel Vitagliano
2025



Pan y cielo
Damián Ríos
2024



*La primera
materia*
Cynthia Edul
2024



Las cosas menores
Giuliana Migale
Rocco
2024



Souza
Nina Avellaneda
2023



*Cómo cocinar
un lobo*
Magalí Etchebarne
2023



*La vuelta
al perro*
Cynthia Rimsky
2022



Flora y fauna
Leticia Rivas
2022



*La banda
oriental*
Paloma Vidal
2021



*La luz y
la montaña*
Soledad Urquía
2021



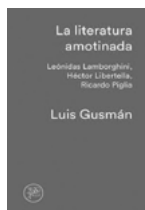
*Caja continua
de voces I*
Pablo Martín Ruiz
2020



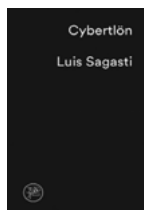
*Las chicas
no lloran*
Olivia Gallo
2019



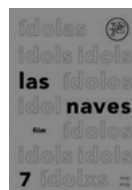
*Los triunfos
pasajeros*
Melina Dorfman
2019



*La literatura
amotinada*
Luis Guzmán
2018



Cybertlön
Luis Sagasti
2018



*Las Naves 7:
ídolxs*
AA.VV.
2017



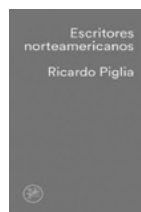
Angst
Adriana Riva
2017



*Cat power. La
toma de la Tierra*
Cecilia Palmeiro
2017



Los mejores días
Magalí Etchebarne
2017



*Escritores
norteamericanos*
Ricardo Piglia
2016



*Las naves 6:
viajes*
AA.VV.
2016



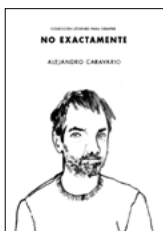
Mamá India
Soledad Urquía
2016



*Las Naves 5:
métodos*
AA.VV.
2015



Quiero ser artista
Pablo Ottonello
2015



No exactamente
Alejandro Caravario
2015



*Las Naves 4:
películas sin
terminar*
AA.VV.
2014



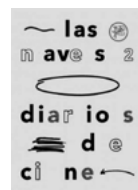
*Las Naves 3:
lecciones*
AA.VV.
2014



Felices juntos
AA.VV.
2014



El mezcladito
AA.VV.
2014



*Las Naves 2:
diarios*
AA.VV.
2014



*Las Naves 1:
manifiestos*
AA.VV.
2013



*Primera línea
de fuego*
Tálata Rodríguez
2013



*El que no salta
es un inglés*

Martin Wilson

2012

*Algo que nunca
le conté a nadie*

Damián Tullio

2012

Somos una editorial fundada en 2012 en una
pequeña imprenta familiar de Buenos Aires.

TENEMOS LAS MÁQUINAS,
creemos en el poder de reinventar el mundo.

¿Qué imaginará un grupo de escritores al encontrarse en Vaca Muerta con la intemperie del ruido infernal que enferma al territorio, con las casas ajadas por los sismos, con el viento arenoso que levantan los camiones y las grúas en el paisaje? En los cuentos que componen *Frackibacter vaccamortensis. Ficciones sobre el petróleo*, se hace patente la necesidad de encontrar estrategias narrativas para metabolizar un territorio que parece, todavía, inédito.

VALERIA MEILLER,
Universidad de Stony Brook

Llamaremos “ficción ecosófica” —en lugar de “ecológica”— a la que representan los cinco relatos que aquí hemos compilado. No solo porque por *default* le hacemos un homenaje al Félix Guattari que creó el concepto de ecosofía para iluminar las “conexiones transversales entre lo político, lo ético y lo estético”. También, porque es necesario sacudir el vocabulario de la ecomilitancia que nos convoca.

PABLO SCHANTON,
Proyecto Eco Eco



TENEMOS LAS MÁQUINAS

